

En presencia del prodigio guadalupano, el ilustre Pontífice depuso los justos temores que la prudencia inspira en semejantes ocasiones, y él el primero en la misma actitud en que le vemos en este altar, adoró la portentosa Imagen, mandó exponerla á la veneración pública y por su orden se construyó la primera ermita que hoy vemos transformada en templo suntuoso. Así quedó solemnemente ratificado el pacto de alianza: en nombre de su patria el santo obispo aceptó la misión de evangelizar estos pueblos, llamados como todos los demás, á tomar asiento en el banquete del Rey de la Gloria.

La España cumplió fielmente su misión; debemos reconocerlo así, porque es de justicia. De España vinieron los primeros heraldos del Evangelio, hombres poderosos en obras y en palabras, que así esparcían por todos los vientos la divina semilla, como derramaban su sangre y sacrificaban sus vidas cuando era necesario para el cultivo de la nueva viña. De España nos vino la paternal legislación de Indias inspirada en los más puros sentimientos de la caridad cristiana, la hermosa lengua que hablamos, las ciencias, las artes y los conocimientos útiles, que sirven de base á la moderna civilización. De allá vinieron también, es preciso confesarlo, el audaz aventurero deseo de proezas y mundana gloria, y el encandoramiento sin entrañas dispuesto á sacrificar su conciencia cristiana á trueque de saclar su sed de oro. Era la zizaña, por ley providencial tolerada donde quiera que se sembraba la buena semilla.

Los primeros misioneros se ocuparon en preparar el campo, desentrañando del corazón las supersticiones y el culto sangriento de los ídolos, al mismo tiempo que luchaban valerosamente contra los mezquinos intereses de la ambición y de la codicia, conjurados en contra de la raza indígena. A la voz insinuante y persuasiva del religioso, los naturales recobraban la confianza, perdida por los malos tratamientos del conquistador, deponían su actitud hostil y bajo los auspicios de la Virgen María de Guadalupe y del Santo Patrón elegido por ellos, congregábanse en torno de la iglesia y del convento, que eran á la vez, escuela de la vida cristiana y de la vida civil. Así se formaron los primeros centros de la población indígena, con sus tierras comunes, su legislación especial y la autoridad del misionero, quien la ejercía según el modelo de los antiguos patriarcas.

A los primeros operarios sucedieron otros no menos celosos á quienes estaba reservado el culto lento y laborioso de la viña. Tocábalos á ellos la consolidación de las conquistas ya hechas, á la vez que emprendían otras nuevas á medida que audaces exploradores descubrieran campos vírgenes que reclamaban su celo. Durante largos años de trabajo continuo, la fe católica fué de esta suerte arraigándose más y más en este suelo; las dos razas, la conquistadora y la conquistada, venciendo naturales repugnancias, se acercaron la una á la otra, vivieron pacíficamente bajo el mismo cetro y aun se unieron, siquiera sea en parte, con los vínculos de la sangre, para dar nacimiento á la patria mexicana, heredera de las nobles virtudes, no menos que de los defectos de aquellas.

Aquí termina la misión providencial de España. La heroica nación sembró el grano de mostaza en este campo virgen, y la mínima semilla se ve al cabo de trescientos años, transformada en un árbol robusto que extiende la sombra de sus ramas hasta las más apartadas regiones. Un pueblo que nace de su seno para tomar asiento en el congreso de las naciones libres, una cristiandad floreciente que dilata y embellece el Reinado de Cristo, tal es el fruto de los generosos desvelos de la España en el cultivo de la viña que se le encomendara.

¡Eterna gratitud á la nación conquistadora que nos legó con su sangre, su lengua, sus costumbres y su genio, el tesoro inapreciable de la fe cristiana!

Al emanciparnos de la madre patria comenzó para nosotros el período de la prueba, al mismo tiempo que recibíamos la doble misión providencial de continuar la obra civilizadora de la raza indígena y conservar en nuestro propio sér la pureza de la fe católica.

Haçe más de setenta años que somos dueños de nuestros destinos y responsables ante Dios y ante la Historia del uso que hubiéramos hecho de la libertad conquistada. Es tiempo ya de preguntarnos: ¿cómo hemos cumplido nuestra noble misión providencial?

¿cuál será la cuenta que debemos al Señor de la viña cuando venga á visitar sus posesiones?

Y por lo que hace á la raza indígena, ¿qué hemos hecho nosotros, hermanos míos, en nuestra calidad de nación independiente, para cooperar á la realización de los designios de María con relación á la raza predilecta suya? ¿en dónde están las misiones fundadas por nosotros, no digo ya para continuar, para conservar siquiera las conquistas civilizadoras de España?

Cuando vemos pasar delante de nosotros esos grupos de hombres, mujeres y niños de la raza indígena que caminan en silencio, ostentando en el desaliño de sus personas, en la desnudez de su cuerpo, en su andar vacilante y en la vaguedad de sus miradas sin inteligencia y sin vida, la doble y profundísima miseria de que adolecen en el alma y en el cuerpo: cuando tales espectáculos se contemplan, no digo ya en nuestras más apartadas serranías, en el centro mismo de las más populosas y adelantadas ciudades, la respuesta no debe ser dudosa, ni menos mortificante para nosotros.

¡Nada, absolutamente nada, hemos hecho como nación independiente en favor de esa raza predilecta de María!

Las continuas revueltas en que por mucho tiempo vivimos podrán servirnos de excusa por lo que ve á lo pasado: mas ¿quién podrá en adelante librarnos de la responsabilidad que sobre nosotros pesa, si no hacemos poderosos esfuerzos para atraer hacia nosotros esa numerosa porción de nuestros hermanos, que viven hoy privados de los beneficios de la civilización cristiana y próximos á perder hasta los últimos restos de la fe que aún les queda?

Y si volvemos nuestras miradas hacia nosotros mismos ¿qué ha sido del tesoro de la fe católica que recibimos en herencia de nuestros mayores?

El iniciador de la Independencia política de la que un tiempo fué la Nueva España, comprendiendo quizá la responsabilidad que echaba sobre sí, no quiso romper totalmente con un pasado glorioso y que auguraba porvenir mejor, y en momentos al parecer de secreta inspiración, enarbó como bandera de la temeraria lucha por él emprendida, la Sacrosanta Imagen de la Virgen María de Guadalupe, símbolo desde entonces, á la vez, de la Religión y de la Patria. Sacerdote y patriota, era él mismo en su persona la encarnación viva de su programa: Patria independiente y Religión viva.

Los caudillos que en pos de él se levantaron para continuar la lucha, murieron fieles á su gloriosa bandera, y el afortunado vencedor, el consumidor de la obra creyó por un momento asegurada para siempre, la libertad de la patria en la unidad de la fe. No fué así por desgracia nuestra; habíamos entrado de lleno en el período de la prueba, Dios nos dejaba hacer y nos observaba en silencio, éramos libres para ir á la derecha ó á la izquierda y no todos se conservaron fieles. La herencia que de nuestros mayores recibimos ha sufrido tristísimos é inolvidables menoscabos. Las antiguas fronteras desaparecieron, dogmas nuevos se han predicado en la cátedra, en la tribuna y en la prensa, y la fe que inspiró su programa á los primeros caudillos de la Independencia, no es ya la antorcha que guía á los hombres de Estado en el gobierno de la cosa pública.

A favor de las luchas intestinas en que por largo tiempo vivimos, la zizaña ha cundido y penetrado hondamente en el campo del Padre de familias, y los amargos frutos que ya comienzan á recogerse en la creciente inmoralidad pública bajo sus más repugnantes manifestaciones, apenas si han bastado á provocar la alarma, y sincera y nobilísima confesión de parte de uno de los hombres de más recta intención y más esclarecido talento con que se glorian aquellos que nos quieren mal.

¡Ah! ¡Si México, más feliz que la Jerusalén decida, comprendiendo mejor sus verdaderos intereses, escuchara en estos momentos la voz de Aquella que le llama y le brinda, sin menoscabo de su engrandecimiento material, con bienes más sólidos y duraderos, que el orín no consume ni destruye la pollilla!

Es, sin embargo, altamente consolador lo que nuestros ojos ven en los momentos que corren. Tras largos años de mercedidas expiaciones, la paz política y el consiguiente desarrollo de los intereses materiales, que si no son el dón por excelencia de Dios, mucho significan en un pueblo debilitado por las discordias civiles, parecen arraigar definitivamente entre nosotros; y lo que es más aún

la fe católica, que se extinguía sin remedio, según decir de nuestros enemigos, no sólo vive en el corazón de los hombres fieles á la antigua enseña de la Independencia, sino que en estos días ha dado pruebas inequívocas de que es ahora tan poderosa en obras, tan firme y solícita de su integridad, como lo fuera en los mejores tiempos. De ello da irrecusable testimonio este grandioso monumento en pocos años erigido en honor de la fundadora de la nacionalidad mexicana; el esplendor de estas fiestas sin igual en los anales de la historia patria, y el extraordinario concurso de peregrinos, que de las más apartadas regiones han venido á postrarse ante la bendita Imagen, para hacer pública confesión de su fe y exhalar en cánticos de acción de gracias los más puros sentimientos del amor y de la piedad filial.

De esta suerte, hermanos míos, la Reina del cielo que bendijo con su presencia este campo inculco desde que en él se depositó el primer grano de mostaza; que dió valor, abnegación y constancia al misionero y apareció desde los primeros días como mediadora entre el conquistador y el conquistado, para dar nacimiento á un pueblo nuevo que le pertenece, no menos por lo que tiene de ibero que por lo que tiene de indígena; que en momentos solemnes reaparece segunda vez, siempre bajo la consoladora advocación de Guadalupe para inspirar á los hombres que nos dieron patria, el salvador programa de la unidad en la fe; Ella que fué el sostén de los fieles en los días de la tribulación y de la prueba, una vez más vuelve á aparecer en el cielo de nuestras esperanzas, ofreciendo la paz verdadera á todos los hijos de México, como si quisiera renovar el antiguo pacto de alianza y derramar nuevas bendiciones sobre su pueblo predilecto.

Queráis, Señora, un templo consagrado á vuestro culto, un templo que fuera en su simbolismo místico, en la simétrica disposición de sus naves, en la decoración de sus muros, en el tallado de sus piedras y donde quiera que la vista se fijas, elocuentísima enseñanza de nuestros deberes de cristianos y recordo imprecadero del insigne favor que de Vos recibimos en este lugar. Pues ved aquí, cumplidos vuestros más ardientes votos. En otro tiempo la munificencia de los reyes se enaltecía compartiendo con el pueblo fiel, el mérito que á los divinos ojos tienen estas obras monumentales erigidas en honra Vuestra; ahora este templo es obra exclusiva de la fe y el amor de vuestros hijos, de la generosa ofrenda del óbolo del pobre. Aceptadlo bondadosamente. ¡No es en verdad lo que Vos, Señora, merecáis, no obstante que es lo más que hemos podido ofrecerlos!

Permitid que en estos momentos solemnes os recordemos vuestras inolvidables promesas. ¡Mostraos una vez más, Madre piadosa de los mexicanos! Dentro de breves horas, en el instante en que el ilustre Pastor de esta grey, digno sucesor del Santo Obispo Zumárraga, corone Vuestras sienes con la Diadema de oro que os dedica el amor y la piedad de vuestros hijos, México entero, unido en un solo pensamiento y en un solo corazón, elevará al cielo humilde y fervorosa plegaria inspirada en la inquebrantable fe que tiene en vuestro poderoso patrocinio. ¡Acogedla benignamente; Nada en particular pediremos guiados por nuestro propio juicio; Vos, Señora, podréis por nosotros; como Madre nuestra sabéis mejor lo que más conviene á nuestros verdaderos intereses. Si por ventura, como muchos creen, esta fecha gloriosa ha de inaugurar para México la era del sólido engrandecimiento y de la verdadera paz, haced, Señora, que se apresure el momento, que venga á nosotros el Reino de Dios para que unidos en la fe y en la caridad, cumplamos mejor la misión providencial que nos ha sido encomendada.

Pero si á la gloria de Dios conviene que se prolongue el período de la expiación y de la prueba, si hemos de sufrir todavía persecución por la justicia, si no suena aún para México la deseada hora del reinado social de Jesucristo, cúmplase en todo la divina voluntad, pero venga á nosotros juntamente con el merecido castigo, la abundancia de vuestras bendiciones, el valor y la fortaleza cristiana que necesitamos para perseverar hasta el fin! Amen.

VI

Pronunciado por el Ilmo. Sr. Obispo de Chilapa, D. Ramon Zbarra y Gonzalez, el día 13 de Octubre.

Tunc præcepit et dixit mihi Creator omnium: In Jacob inhabitabit; in Israel hereditabit, et in electis meis mitte radices.—Ecclesi 20.
Entonces me mandó y dijo el Creador de todas las cosas: Habita en Jacob mi pueblo amado: escoge tu herencia en Israel y arraiga profundamente entre mis elegidos.—Ecclesi c. 20.

Ilmos. y Rdmos. señores:

AS vivas y delicadas impresiones que despertó en nuestra alma el día de ayer la grandiosa é imponente ceremonia de la Coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, se renuevan el día de hoy al contemplar en este sagrado recinto la numerosa y escogida peregrinación de Querétaro que sobreponiéndose á las dificultades de un penoso viaje, ha venido á este santuario, siguiendo á su amante Pastor.

Una fuerza irresistible los ha hecho abandonar sus hogares. Han percibido desde lejos la delicada fragancia que ha traído de los collados eternos esta imagen maravillosa, y por esto es que sin pérdida de tiempo se han apresurado á venir á contemplar de cerca su incomparable hermosura, y á presentarle sus corazones llenos de tanto amor, que cada uno de sus latidos es como una nota armoniosa de ese himno suavísimo de bendiciones y alabanzas que entre el humo del incienso elevan ante su trono.

Ni debemos maravillarnos por esto. El culto que tributamos á la Santísima Virgen de Guadalupe, en su magnificencia incomparable brota de las profundidades más íntimas de nuestra alma, y no es posible oponerse á sus altas expansiones sin destruir las leyes que rigen el orden moral. En efecto, la humanidad, siguiendo el impulso de esas leyes, ha aprobado en todos los pueblos de la tierra, como legítimo, el culto doméstico con que un hijo agradecido, un esposo inconsolable, una madre desolada conservan como un sagrado recuerdo, hasta los más viles objetos que sirvieron al uso de esas prendas queridas que la muerte vino á arrebatarnos a sus ojos; ha aprobado también el culto civil con que los pueblos agradecidos levantan monumentos, consagran inscripciones, erigen estatuas á sus sabios, á sus filósofos, á sus eminentes hombres públicos que consagraron sus vidas al bienestar y á la salud de la República, á sus esforzados guerreros que derramaron su sangre por defender de invasores enemigos las fronteras de su Patria; ha aprobado también el culto artístico que hace á ilustres viajeros atravesar largas distancias y adquirir á subidos precios los mármoles que tocaron los dedos inspirados de los artistas de la antigua Grecia; ha sancionado igualmente el culto científico, que en las Universidades, en los Institutos, en los Colegios, coloca en sus museos como en un lugar sagrado las más raras notabilidades de los tres reinos de la naturaleza y conserva con profundo respeto los manuscritos de los grandes hombres en que aparecen caracteres formados con su propio puño. Y sólo tratándose del culto religioso, especialmente del que tributamos á la Santísima Virgen de Guadalupe, quieren los reformadores que tengan excepción esas leyes? ¿Cujus est imago hæc? ¿De quién es esta imagen? podríamos preguntarles con Nuestro Divino Maestro.

Y abriendo el libro de los Evangelios, que según los protestantes es el gran libro de las creencias humanas, tendrían que res,

ponder con San Mateo que es la Imagen de María de la que nació Jesús que es el Cristo; tendrían que responder con Santa Isabel que es la Imagen de la Madre del Santo tan colmada de gracias, tan llena del Espíritu Santo que sólo el metal de su voz hizo dar saltos de júbilo al Precursor del Mesías encerrado en el seno materno; tendrían que responder con el Arcángel San Gabriel que es la Imagen de la Madre de Aquel que había de ser grande, el Hijo del Altísimo, que había de reinar en la casa de Jacob y cuyo reino no tendría fin. Y á esta respuesta que dan los monumentos bíblicos se agrega la voz de todos los mexicanos que apoyados en una constante y verdadera tradición, reconocen y Proclaman esta celestial imagen como el fiel retrato de la Reina de los cielos y de la tierra, que para darnos una prueba de su amor y asegurarnos de su maternal protección quiso que la pintasen los Angeles en la tosea tilma de Juan Diego y la conservásemos en este templo como un recuerdo imperecedero de sus bondades. ¡Ah! enmudezcan los detractores del culto de la Santísima Virgen de Guadalupe, por medio de los Concilios generales desde el 2º de Nicea hasta el de Trento, no cesa de enseñar que es racional y legítimo el culto de las Santas Imágenes y que especialmente el que tributamos á la Santísima Virgen de Guadalupe es para la nación mexicana la gloria más insigne y fuente de los bienes más apreciables, como acaba de pronunciarlo el gran Pontífice León XIII.

Por lo que hace á nosotros, siguiendo fielmente el dictamen de la recta razón y las enseñanzas bellísimas de la Iglesia, jamás cesaremos de venerar esta Imagen sacrosanta con toda la efusión de nuestra alma, y consideraremos siempre como una grande felicidad venir á este Santuario para presentarle los homenajes más puros de nuestro amor y reconocimiento. Siempre nuestras miradas iluminadas con la luz de la fe descubrirán al través de esta Imagen celestial, portento de maravillas, á la augusta Madre de Dios que llena de gracia y de virtud desempeña en favor de nuestra Patria una misión nobilísima y altamente consoladora. Si es una verdad, señores, que reverbera con vivísima luz en las páginas de nuestra historia que «Dios ha amado á México con tal predilección que le ha dado á su misma Madre Santísima bajo el glorioso título de Santa María de Guadalupe, para que por su medio recibamos constantemente los tesoros de su Providencia amorosa.» Esta verdad que explica perfectamente la magnificencia del culto que hemos contemplado ayer con la grandiosa é imponente ceremonia de la Coronación de la Santísima Virgen, que explica la presencia de la benemérita peregrinación de Querétaro en este sagrado recinto, formará á la vez el objeto de mi discurso, que para cumplir de algún modo con la honrosa misión que se me ha encomendado, y contando con vuestra piadosa y benévola atención, desarrollaré brevemente.

Mas antes de comenzar, quisiera, ¡oh dulcísima Señora! que ese sol resplandeciente que os viste con tanta gracia iluminase mi entendimiento para que todas mis ideas fuesen dignas de vos; quisiera que ese hermoso Serafín que teneis bajo vuestras plantas virginales purificase mis labios, como los del Profeta Isaías, para que mis palabras llenas de santa unción publicasen con fruto vuestras alabanzas. Concedeme, oh Madre amorosa, este favor que te pedimos, saludándoos reverentemente con las palabras del Angel.

Ave María.

1

Tunc precepit et dixit mihi Creator omnium: In Jacob inhabitabit, in Israel hereditate, et in electis meis mitte radices. Eccli. cap. 20.

Es una verdad, señores, que proclaman altamente todas las creaturas del Universo, que el Ser Supremo, así como con una palabra omnipotente las hizo salir de la nada, de la misma manera

las conserva y las dirige según las leyes de su infinita sabiduría y la realización de los fines especiales para que las ha creado.

Esta Providencia amorosa á quien bendicen con su lenguaje elocuente la innumerable multitud de astros que giran en el espacio, los vientos, los mares, la tierra con sus admirables producciones, las fuentes cristalinas de los valles y hasta la humilde yerba de los campos, respaldada de una manera particular en el gobierno de la humanidad que Dios ha distribuido en pueblos y naciones sobre la haz de la tierra. Destinado el hombre á la Patria celestial para saciarse con el torrente de delicias propias de Dios, y sentarse en su alcázar divino como los príncipes de un pueblo, era natural que el Señor consagrara de un modo particular sus desvelos á esta creatura privilegiada, para que alcanzase un fin tan noble, concediéndole al efecto todos los medios suficientes para ello y ordenando á ese mismo fin todos los acontecimientos humanos.

Colocándonos en esta altura podemos apreciar debidamente la historia de todos los pueblos, pues en sus acontecimientos prósperos ó adversos, en la fundación ó destrucción de sus imperios, en el plan de sus conquistas, y en una palabra, en todos los sucesos que caracterizan su vida social, no se descubre otra cosa que el Gobierno de Dios, sobre la humanidad, que es la última palabra de la Historia.

Pero si bien todos los pueblos de la tierra, desde los más civilizados hasta los más bárbaros, están sometidos á la acción benéfica de la Providencia Divina, Dios Nuestro Señor que es el árbitro de sus tesoros, hace resplandecer en algunos de una manera particular su Providencia amorosa. Así vemos que en el Antiguo Testamento, segregó al pueblo judío de las naciones idólatras y lo gobernó con tanta solicitud, que él mismo se constituyó en su rey, él mismo le dictó sus leyes y lo enriqueció con tanta muchedumbre de beneficios, al grado de llamarlo su pueblo amado, su pueblo querido.

Otro tanto ha hecho el Señor con algunas naciones en el Nuevo Testamento, dándoles pruebas particulares de predilección; pero todo esto no iguala al singular amor que Dios ha manifestado á nuestra Patria, como lo confesó ingenuamente el gran Pontífice Benedicto XIV diciendo: «Non fecit taliter omni nationi.» No ha hecho Dios cosa igual con otra nación.

Y en efecto, señores, esta Providencia amorosa comienza á vislumbrarse desde aquel momento feliz en que el soplo divino que en la primera mañana de la creación llevara el espíritu de Dios sobre las aguas, conducía felizmente al través de los hirvientes mares las carabelas de Cristóbal Colón para descubrir el Nuevo Continente y más tarde las del gran conquistador Hernán Cortés para enarbolar el pabellón de la católica España sobre las ruinas del Imperio azteca. Esos mismos destellos aparecen en la manera prodigiosa como se verificó la conquista de México, pues sólo una Providencia especial pudo infundir tanto valor á aquellos esforzados guerreros que en reducido número iban por doquiera cifiendo sus sienes con los laureles de la victoria. Á pesar de los innumerables enemigos que se oponían á su marcha, hasta alcanzar el triunfo más completo.

Pero todo esto no era más que el prelude de la manifestación espléndida que se reservaba hacer el Señor más tarde de su Providencia especial sobre nuestra Patria.

Diez años habían transcurrido después de la conquista cuando tuvo lugar en el cielo un acontecimiento verdaderamente grandioso. Contemplando el Señor desde su trono el nuevo país conquistado, entró en consejo, á nuestro modo de entender, con las tres adorables personas de la Santísima Trinidad sobre la prueba especial de predilección que podría darnos, y no encontrando otra cosa que revelase más su ternura y nos colmase de mayores beneficios que la Santísima Virgen, decretó dárnosla como Madre de una manera especial, diciéndole: Anda, Madre mía, á México: habita en esa Nación que como Jacob es mi pueblo amado; busca allí tu herencia como en Israel, y arraiga profundamente entre mis escogidos. A este mandato del Señor inclinándose reverentemente la Santísima Virgen parece que respondió como en otro tiempo en la casa de Nazaret. «Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum» y levantándose inmediatamente de su trono, acompañada de los espíritus celestiales, descendió al monte feliz del Tepeyac.

¡Oh momentos verdaderamente grandiosos!

Está escrito en el Libro de los Salmos, que los montes saltaron de júbilo á la presencia del Señor; pues de la misma manera las montañas del Tepeyac se estremecieron de gozo á la Aparición de su dulce Reina, y para celebrar su presencia, sus ásperas rocas, á pesar de un rígido invierno se engalanaron con todo el verdor y pompa de la primavera; sus áridas cimas cubiertas de rica tierra y duros peñascos se cubrieron repentinamente de frescas flores y fragantes rosas para tender una inocente y delicada alfombra á sus celestiales plantas; de esas flores cortará Juan Diego para que sean la señal pedida por el Arzobispo; esas flores serán colocadas en la tilma del Indio por las manos purísimas y virginales de la misma Madre de Dios, y el envidiable contacto de esas manos sacrosantas que empuñan el cetro de todos los mundos imprimirá á esas flores una virtud prodigiosa: esa virtud hará retroceder por la fragancia querían arrebatarlas con violencia, y al caer esas flores en el pavimento del Palacio Arzobispal, aparece en el ayate que pende del cuello del Indio, la Imagen más dulce, la más piadosa, la más benigna y atractiva que vieron jamás los ojos de los hombres.

Juan Diego la contempla extasiado y reconoce ser la Imagen de la misma Santísima Señora que cuatro veces sus ojos habían visto sobre la montaña: el V. Prelado, sin ser dueño de sí mismo, iluminado; enternecido, embargados con el gozo dulcemente sus sentidos, como San Pedro en el Tabor, que de rodillas y prosterna humildemente sus adoraciones ante aquella Imagen sacrosanta en que no sabe decirse cuál expresión brilla más, si la de Madre de Dios ó Madre de los mexicanos; ante aquella Imagen que ofrecía á la vez la amabilidad, la complacencia, la modestia, el humilde color, el aire dulce y apacible de una doncella mexicana y al mismo tiempo los imponentes caracteres, las grandiosas señales, los rayos esplendentes y los augustos reflejos de la más encumbrada gloria y del más alto poder celestial: los cielos narran su gloria, es decir, cuando hay de bello, de sublime, de grande y admirable en los cielos, todo viene á rendirle humilde vasallaje; los rayos más puros y más claros de la aurora forman una corona sobre sus virginales sienes: el sol destella á sus espaldas sus más esplendurosos rayos para formarle un trono; el iris sobre una nube ligera tiende en gracioso semicírculo sus vistosos colores para formarle un magnífico dosel: el bello azul del firmamento reflejado sobre la tersa superficie de los mares, cuando están en calma, da color á su manto de Reina que sembrado de lucientes estrellas descende profusamente de su cariñosa cabeza: las rosas tiñen en su suave púrpura su modesta túnica: la luna apaga sus resplandores y viene á colorar humildemente su menguante disco bajo sus delicadas plantas: fimbrias del oro más fino y reluciente adornan todas sus sagradas vestiduras, y un querubín, un feliz habitante de otros mundos sostiene ufano con sus poderosas alas desplegadas todo el hermoso y celestial conjunto.

De esta manera la Santísima Virgen de Guadalupe, al descender de los cielos para cumplir el mandato de Dios, quiso escribir con caracteres de gloria en su dulce Imagen, que no sólo santificaba de una manera transitoria, con su presencia, nuestro suelo, sino que nos dejaba una señal sensible de que había tomado posesión de Nuestra Patria, escogiéndola como su herencia y se constituía en Madre especial de mexicanos. *In Jacob inhabitat in Israel hereditate.*

¡Oh dicha verdaderamente incomparable! Nada son, oh Patria mía, en comparación de este beneficio el hermoso color de tu cielo y las elevadas montañas coronadas de nieve, nada los sombríos bosques y dilatadas campiñas y las innumerables riquezas que encierras en tus entrañas. Tu verdadera gloria, tu verdadera grandeza, está en haberte santificado con sus plantas la Madre de Dios y haberte dejado su santa Imagen para cumplir los amorosos designios del Altísimo. Y si queréis saber, señores, cuáles son estos designios, escuchadlo de las palabras mismas que habló á Juan Diego esta Santísima Señora en todas sus apariciones: «Yo desempeñaré, le dijo, los oficios de una madre tierna y compasiva para contigo y para con todos los de tu nación.»

No podía encontrarse una fórmula más expresiva para significarnos lo grandioso de su misión celestial. Todos los cuidados, to-

dos los desvelos, todos los favores y beneficios que el Señor se proponía dispensarnos por medio de la Santísima Virgen de Guadalupe se expresan perfectamente en la dulce palabra «Madre.»

En efecto, una madre verdaderamente cristiana que juntamente con el ardiente amor que profesa á sus hijos está bien penetrada de la altísima misión que Dios le ha confiado, procura con todo empeño, desde la cuna, en donde el Angel de la inocencia cubre con sus doradas alas á las prendas queridas de su corazón, echar en sus almas las raíces preciosas de santidad, cultivando sus entendimientos con enseñarles las verdades de la fe, cultivando sus corazones con disponerlos suavemente á recibir el fecundo rocío de la gracia; procura prodigarles toda clase de beneficios y cuando los ve expuestos á alguna desgracia ó infortunio, despliega todo su amor maternal para librarlos de esas miserias. Esa tierna solicitud de la Madre, estos desvelos no cesan sino cuando la muerte cierra las puertas del tiempo para abrir las de la eternidad.

Ahora bien, una conducta semejante, aunque de un orden mucho más elevado y perfecto, es la que ha observado la Santísima Virgen de Guadalupe con nuestra Patria, desde el momento feliz de su Aparición en el Tepeyac. Y comenzando por el orden espiritual, Ella ha echado en nuestra Patria las raíces hermosísimas de la Fe, pues á Ella le debemos, en primer lugar, este beneficio inestimable, sea en su establecimiento, sea en su conservación hasta nuestros días.

II

Los medios ordinarios de que Jesucristo quiso valerse para sembrar la fe en las inteligencias de los hombres, fueron como bien lo sabéis, la predicación de los Apóstoles. Quiso valerse de estos medios, entre otras sabias razones para manifestarnos: que así como en otro tiempo á una sola palabra de Dios había salido de la nada este mundo material, así también una palabra suya sería bastante para hacer salir de la nada el mundo espiritual, el mundo de las almas, el mundo de la fe y de la gracia, el reino de Dios que es la Iglesia católica. Esa palabra fué: «Id, enseñad,» y los Apóstoles sin otra virtud que la de esa palabra, llevaron la buena nueva hasta las extremidades del orbe, subieron montañas hasta entonces inaccesibles, navegaron por mares desconocidos, pasaron por entre tempestuosos escollos, visitaron plazas que aún no había hollado la planta de los viajeros y conquistadores. El nombre de Jesucristo fué bendecido y adorado, así en la choza del salvaje como en la tienda del bárbaro; las más altas montañas ostentaron en sus cimas la civilizadora Cruz de la Redención, las más lejanas soledades oyeron hablar del Evangelio; el mundo espiritual, el mundo de la cultura intelectual y moral en su más alto grado de perfección había salido de las tinieblas del paganismo como Dios había hecho nacer en otro tiempo la luz del tenebroso caos.

Pero esos medios tan admirables de anunciar la fe fueron los ordinarios no los únicos, fueron las causas segundas é instrumentales, no la primaria y eficiente. Jesucristo pudo por lo mismo, dueño de las almas y de la fe no servirse de esos medios ó asociarlos á otros más notables y más dignos cuando lo creyera conveniente, y esto hizo puntualmente al establecer la fe en nuestro suelo por medio de la Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe.

Porque aunque fuera una verdad admitida por todos los historiadores, lo que asientan fundados en ciertas conjeturas solamente algunos, respecto á la venida de Santo Tomás á predicar la fe á estas regiones, podría decirse que la preciosa semilla derramada por aquel Santo Apóstol había caído á lo largo del camino de donde una parte había sido arrebatada por las aves del cielo, y la otra conculcada por la planta de los transeuntes, porque es un hecho histórico puesto fuera de duda que á la llegada de los conquistadores no reinaba en este país otra religión que la más cruel y degradante idolatría, que el espíritu de las tinieblas ejercía pacíficamente su imperio absoluto en estas vastas regiones; la idea de Dios horriblemente desfigurada, los principios de la moral enteramente pervertidos, altares sin número levantados por todas partes á horrendas divinidades, millares de víctimas humanas, sacrificadas sin

piedad en sus abominables aras: sacerdotes inclementes que respetaban como un misterio sagrado arrancar el corazón aún vivo y palpitante del pecho de sus hermanos para ofrecérselos cual víctima sencilla á sus implacables Deidades: los habitantes todos en una palabra, sentados en la sombra de la muerte, bajo las malignas influencias, bajo el cetro de hierro de las potestades infernales. Es una verdad que los conquistadores, no obstante los desórdenes que reinan ordinariamente en los campamentos, hijos de la cruz y celosos á su modo conquistador, de establecer una misma fe en los conquistados, derribaron por la violencia los altares de los ídolos, trajeron de su culto por el temor de los castigos á la multitud de sus adoradores y conminaron con penas atroces á sus sacerdotes. Pero la fe católica, Señores, no es la fe musulmana; la fe católica no se impone por la fuerza, ni su yugo suave y racional se impone al filo de la espada; la fe es un don que sólo Dios infunde y que si una sola alma no quiere aceptar, en vano se coligarán para ese fin todas las potestades de la tierra.

El mismo Dios, Señor natural de nuestras almas que conoce todas sus entradas y salidas, y que cuando le place entra dentro de ellas, como en su propia casa; Dios jamás hace violencia á nuestra libertad al infundir su fe, y aun quiso que sus Apóstoles careciesen del poder de la elocuencia, no sólo para que ninguna creatura se atribuyese la gloria que sólo á El es debida, sino para dejar á nuestras almas en la plenitud de su libertad, ya para aceptar la fe, ó apartarse de ella una vez aceptada.

Es verdad que inmediatamente después de la conquista, algunos varones apóstólicos, algunos celosos misioneros, conquistadores mansos y dulces y dispuestos á no derramar más sangre que la suya, se consagraron con ardor á la conversión de los indios; pero estos esforzados varones, atendidos su pequeño número, las grandes dificultades de aprender idiomas diferentes y la vasta extensión de nuestro territorio, no consiguieron á pesar de sus heroicos esfuerzos, sino frutos muy escasos y limitados. Mas apenas aparece la Virgen Santísima de Guadalupe, apenas toca y santifica nuestro venturoso suelo con sus celestiales plantas, apenas toma posesión de esta herencia suya, cuando la fe católica se difunde por la vasta extensión del antiguo imperio mexicano y fuera de él con la misma rapidez con que derrama su luz el sol naciente. Aún no se hallaba concluido el primer templo que la piedad le había consagrado, cuando todo este nuevo mundo era cristiano; muchedumbres innumerables de todas las tribus, de todos los lugares, de todas las razas que habitaban en este vasto suelo, pueblos dilatadísimos, naciones enteras, multitud de seres racionales groseramente supersticiosos, dominados por instintos de crueldad, oprimidos por toda clase de violencias, degradados hasta lo sumo, á la plausible noticia del admirable portento de la Aparición de Santa María de Guadalupe, vuelven dentro de sí mismos, conocen su dignidad natural, olvidan sus desgracias, deponen sus instintos feroces, no pueden resistir á llamamientos tan dulces y tan tiernos, vienen en masas á prosternar sus corazones agradecidos á los pies de su amorosa Madre, y á mezclar las lágrimas que la ternura hace derramar á sus ojos con las aguas regeneradoras del bautismo que corren por sus cabezas. María Santísima de Guadalupe fué quien hizo estos prodios de conversión á la fe, con los irresistibles atractivos de su gracia y las ingeniosas invenciones de su tierna caridad. Todo esto lo hizo por haber sido constituida por Dios Madre especial de los mexicanos; por lo mismo puede decirnos con mayor razón que el Apóstol San Pablo á los Corintios: «Aunque hayáis tenido diez mil preceptores y maestros en Jesucristo en la fe, yo sola os he engendrado y dado á luz como vuestra tierna Madre.»

Mas no sólo de este beneficio le somos deudores, sino también de haber conservado esa fe entre nosotros hasta nuestros días. Cuando se trata de conocer el estado que guarda la fe en un pueblo ó en una nación, no deben hacernos mucha fuerza las apostasias parciales é interesadas de algunos de sus indignos miembros, como en nada perjudican al buen orden, honor y disciplina de un grande ejército las deserciones de algunos egoístas y cobardes soldados. Así es que sean cuales fueren los escándalos que en materia de fe nos hayan hecho presenciar los tiempos actuales, la Iglesia mexicana, debido á la protección de la Santísima Virgen de Guadalupe, es ahora tan visible como en sus tiempos más felices; ni un

solo momento ha interrumpido su respetuosa y filial armonía con la Cátedra de San Pedro, columna y firmamento de la verdad; corren aún por sus venas esas dos potestades de orden y jurisdicción que llevan la vida hasta las últimas extremidades de su cuerpo, como esas corrientes de fluidos invisibles que circulan y regeneran incesantemente nuestro globo. Aún hay en la Iglesia mexicana custodios tan celosos como vigilantes del Santo depósito de la fe, y el cuerpo de simples fieles, es decir todo el pueblo mexicano, dócil á la voz de sus Pastores, camina unido y compacto hacia la Patria celestial por entre las dificultades que encuentra en su sendero, como en otro tiempo el pueblo de Dios se adelantaba hacia la tierra de promisión dejando tendidos en el desierto los cadáveres de los blasfemos y de los murmuradores.

III

¡Oh! cuántas gracias deberíamos darle á la Santísima Virgen de Guadalupe por este beneficio tan grande. Sin embargo no es esto solo. Una madre cristiana que cifra todas sus aspiraciones en conducir á sus hijos al cielo, después de cultivar sus entendimientos con las enseñanzas de la fe, procura con tierna solicitud cultivar sus corazones disponiéndolos convenientemente para que reciban el fecundo rocío de la gracia y cooperen generosamente á sus celestiales inspiraciones; porque la fe sola á pesar de sus grandes excelencias no basta para nuestra santificación. Esta amorosa solicitud en que de preferencia se refleja todo el amor maternal, la ha desplegado admirablemente la Santísima Virgen de Guadalupe en favor de nuestra Patria.

Para demostraros esta verdad, paso en silencio las bellísimas disposiciones para la virtud con que ha enriquecido el corazón de los mexicanos, tales como la dulzura y sencillez de su carácter, el respeto y veneración por las cosas santas y sobre todo ese amor especial hacia la Santa Cruz que se nota en la mayor parte de los pueblos de la República.

Paso también en silencio los copiosos frutos de santidad que durante los tres siglos que nos han precedido ha dado nuestra Patria, pues son un testimonio elocuente de ellos la innumerable multitud de templos levantados por todas partes por la piedad cristiana, los Colegios, Hospitales, Institutos de beneficencia y otras obras que sería largo enumerar, que han llenado nuestro territorio con el delicioso perfume de la virtud. Concretémonos á los tiempos presentes.

Un escritor contemporáneo ha dicho, que es tal la corrupción de costumbres, que como un diluvio universal ha inundado á todas las clases de nuestra sociedad y amenaza sepultar bajo sus impetuosas aguas el Arca santa de los escogidos. Aunque estas palabras exageradas, fuesen verdaderas en todo su rigor y extensión, deberíamos sin embargo, confesar que la Santísima Virgen de Guadalupe se ha reservado actualmente, como Dios en otro tiempo en su pueblo escogido, millares de fieles, hijos suyos que no han doblado la rodilla ante Baal, y que dan un testimonio elocuente de sus amorosos desvelos por nuestra santificación.

En nuestra Iglesia hay todavía Obispos, dignos sucesores de los Apóstoles por su ardiente amor á Jesucristo, su celo en buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas, su profunda humildad y desprendimiento de todas las cosas de la tierra. Obispos bajo cuyas plantas en sus visitas pastorales reflorescen la pureza de costumbres y la disciplina eclesiástica y que á tantas virtudes añaden los inestimables tesoros del saber humano. La Iglesia mexicana se regocija aún de tener en su cetro, sea el secular ó en los restos del regular, sacerdotes venerables que han encañecido entre el estudio y la oración, que han viajado en beneficio de los pueblos por todos los reinos de la verdad, han visitado todas las playas del error, que no se dejan ver sino entre las sagradas tinieblas del Santuario para ofrecer la purísima oblación ó derramar sobre las almas redimidas las aguas que manan de las fuentes perennes del Salvador; que no pasan los umbrales del templo sino para llevar el perdón de Dios al moribundo, para ungir á los atletas de Jesucristo antes de entrar en sus últimos y formidables combates, para llevar el pan

de los Angeles á aquellas vírgenes que van á emprender como Eftas el trabajoso camino que conduce al monte santo de Dios. La Iglesia mexicana tiene aún sagradas vírgenes que ya por sus votos ó sin ellos, conservan sin mancha la cándida virtud de su pureza, siguen al cordero de Dios por donde quiera que va, y entonan en pos de él ese misterioso cántico que no es dado á otros labios entonar; aun de las clases más corrompidas de nuestra sociedad, se siente el buen olor de Jesucristo que exhalan tantos piadosos cristianos que la Providencia Divina tiene especial cuidado de conservar precisamente en esas clases, ya para convertir á sus hermanos descarriados, ó para hacer inexcusable su iniquidad con el edificante espectáculo de los buenos ejemplos. La Iglesia mexicana tiene el consuelo de ver entre los simples fieles santificarse diariamente millares de ellos en la oscuridad de su estado, y en el fiel cumplimiento de sus penosos deberes. Pero para qué citaros estos ejemplos, cuando tenemos á la vista el movimiento grandioso que se nota en toda nuestra Patria, ansiosa de ofrecer á la Santísima Virgen de Guadalupe esa corona de oro, emblema de su amor y de su humilde vasallaje? Todo esto ¿qué indica? que á pesar de las terribles tempestades que ha suscitado el infierno, á pesar de todas las maquinaciones de la impiedad, el corazón de los mexicanos no se ha marchitado, ostenta aún hermosísimas flores de virtud y santidad que ha hecho brotar la Santísima Virgen de Guadalupe con sus maternales cuidados y tierna voluntad por nuestra santificación; cumpliendo de esa manera la misión nobilísima que Dios le confió de arraigar profundamente en sus escogidos: «In electis meis mitte radices.»

Después de estos beneficios generales del orden espiritual, debería hablaros de los beneficios generales del orden temporal que la Santísima Virgen de Guadalupe ha dispensado á nuestra Patria; mas para no abusar de vuestra atención, os diré solamente que México en sus espantosas inundaciones, en sus pestes homicidas, en sus hambres desoladoras, en sus terribles terremotos, en sus grandes calamidades y profundos infortunios jamás ha desesperado; siempre llena de confianza ha ordenado solemnidades religiosas y públicas plegarias á la maternal protección de Santa María de Guadalupe, y después ha esperado tranquila el remedio de todos sus males, aunque para obtenerlo haya sido necesario un milagro. Debería hablaros igualmente de los beneficios particulares dispensados por esta Madre bondadosa; pero esto sería emprender una obra interminable; preguntado á esos innumerables enfermos desahuciados, á quienes restituyó la salud; á esos navegantes agradecidos á quienes salvó de un inevitable naufragio; á esas madres enternecidas que vienen á presentarle en su templo el fruto de sus entrañas por haberlas salvado de los mortales peligros de un parto difícil; á esos grupos de fervorosos peregrinos que de todos los puntos de la República vienen á hacer resonar las bóvedas de este Santuario con piadosas alabanzas, himnos de bendición, hacimiento de gracias por algún insignie favor que han recibido, ó por una merced que esperan alcanzar de su maternal clemencia; preguntado á las paredes de sus templos de donde cuelgan esos trofeos de su misericordia, esas muestras patentes de su poder y de su bondad, esas insignias de su caridad maternal, símbolos mudos, pero que publican muy alto su virtud bienhechora; señales grandiosas de algún milagro obtenido por su valimiento; monumentos elocuentes con que la piedad agradecida quiso eternizar en la memoria de las generaciones futuras los amables recuerdos y tiernas bondades de la Santísima Virgen de Guadalupe.

¡Oh! con cuánta razón la Iglesia Católica, llena de reconocimiento por tantos favores, celebra las glorias de nuestra dulce Madre, en el Oficio nuevo que acaba de conceder, poniendo en sus labios las mismas palabras de la Sabiduría increada con que hace á grandes rasgos su propia historia, pues todas ellas no son sino un bellísimo resumen de los innumerables beneficios que ha dispensado á nuestra Patria.

Yo, dice, he arraigado en un pueblo honrado, heredad y posesión de mi Dios, y he fijado mi residencia en la plenitud de los Santos. Yo he perfumado la santidad de todos, semejante al cinámomo, al bálsamo aromático y á la mirra escogida, y difundí en este pueblo de mi habitación la fragancia más exquisita de virtu-

des, como el estoraque, el gálbano, la saguá y el incienso no sa-
tado por incisión.
«La protección que les he dispensado ha sido semejana á la sombra del terebinto que extiende sus ramas, y á la manera de una vid los he llenado de riquezas y beneficios, haciendo florecer y dar fruto de honor, de gracia y de obras buenas. Porque yo soy la madre del amor hermoso, del temor y de la santa esperanza. Por eso os invito generosamente á que vengáis á mí los que me deseáis y os llenéis de mis frutos, pues mi espíritu es más dulce que la miel y mi posesión más que la miel y el panal. Los que me escuchan no serán confundidos; los que obran por mí no pecarán y á los que me honren y sigan mis consejos se les ha de dar la vida eterna.»

IV

¿Quién, señores, podrá resistir á los atractivos que encierran estas palabras tan amorosas? Al escucharlas el corazón palpita con vehemencia y las lágrimas brotan espontáneamente de los ojos, porque son palabras de la más dulce de las madres. ¡Oh! si fuera posible que las creaturas del Universo nos prestasen el lenguaje elocuente con que ensalzan las glorias del Señor, pediríamos á las fuentes cristalinas de los valles el dulce susurro de sus aguas, á los bosques el armonioso murmullo de sus hojas, á las aves del cielo sus alegres cantares y á toda la creación ese himno de alabanza que embesababa al Real Profeta, para celebrar las glorias y bondades de la Santísima Virgen de Guadalupe! Si, oh amabilísima Señora, sois Vos nuestra Madre y nuestra Reina; por eso el corazón de todos los mexicanos os pertenece con justicia, y todos deseamos amaros y corresponder generosamente á vuestra dulce invitación.

Pero especialmente la Diócesis de Querétaro, representada por esta numerosa y escogida peregrinación, viene á ofreceros testimonios especiales de santo afecto. Es tanto lo que os aman, que por Vos han emprendido un largo y penoso viaje, y se sienten con tal resolución de sacrificarse por Vos, que bien pueden decir con el Apóstol San Pablo: «¿Quién nos separará del amor de la Santísima Virgen de Guadalupe? Nadie absolutamente; ni el demonio, ni el infierno, ni la vida, ni la muerte, ni las tribulaciones más grandes; porque el amor de Nuestra Señora es la luz de nuestros ojos, la alegría de nuestro corazón, el bálsamo de nuestras penas y la fortaleza en nuestros combates.» Este amor, Señora, que vivifica su existencia, no es nuevo en ellos, es el legado precioso que han recibido de sus antepasados y que han sabido conservar con honor.

Este templo augustino en cuyo recinto estamos, puede dar testimonio de esta verdad: sus muros se ven decorados con una preciosa pintura del Obispo de Querétaro; sus bóvedas han resonado en estos días con los cánticos armónicos del Orfeón de esa Diócesis y su pavimento ha sido regado con las lágrimas de estos fervorosos peregrinos.

Recibid, pues, oh amados hijos en el Señor, las felicitaciones más sinceras del último de los Obispos, á quien habéis edificado con vuestros ejemplos. Jamás borréis de vuestra memoria las tiernas bondades de la Santísima Virgen de Guadalupe, y procurad cada día darle mayores pruebas de vuestro amor. Seguid transmitiendo á las generaciones futuras la devoción á esta excelsa Señora que habéis recibido desde la cuna en medio de las caricias maternales, y quiera el cielo que al abandonar este valle de lágrimas, tengáis todos la dicha de contemplar á nuestra dulce Madre en medio de los esplendores de gloria con que se apareció en esta venturosa montaña.

Y á tí, oh ilustre hermano mío, digno Prelado de la Iglesia de Querétaro, permítte me que desde esta cátedra sagrada te dé los parabienes más sinceros. Has comprendido perfectamente que la misión de un Obispo mexicano, en todos tiempos, pero especialmente en los presentes, consiste en hacer uso de su autoridad y del prestigio que le da la plenitud del sacerdocio, para fomentar en el corazón de los fieles el culto de la Santísima Virgen de Guadalupe y darle todo el esplendor posible. Esta misión tan hermosa y tan patriótica, la has cumplido perfectamente, pues todos somos testigos

de tus desvelos, de tus fatigas y de tus importantes iniciativas en esta materia.

Gracias, pues, te doy, de lo íntimo de mi corazón, y aunque indigno, pediré á la Santísima Virgen de Guadalupe que prolongue para su gloria tu existencia; que te consuele en tus penalidades y amarguras y que cuando la muerte cierre tus ojos, tus sienas sean ceñidas con la corona inmarcesible de la gloria, que á todos os desco.

VII

Predicado en frances por el Ilmo. Sr. L. N. Bégín, Arzobispo de Quebec, la tarde del día 13 de Octubre.

*Veni de Libano, sponsa mea
veni coronaberis.
Ven del Libano, oh esposa
mia, ven y serás coronada.
Cant. III, 8.*

LA Santa Iglesia pone en los labios de Dios Topoderoso, del Rey de reyes, esas afectuosas palabras de nuestros Libros inspirados, por las cuales convida á la Virgen Inmaculada á la posesión de la gloria eterna, á su coronación en el cielo. Ha adornado á esa bien amada esposa con todas las virtudes; las gracias más preciosas, los dones sobrenaturales más raros y más exquisitos, los privilegios más extraordinarios le han sido concedidos con una magnificencia verdaderamente divina; Dios la ha colocado por encima de todas las creaturas, á una altura á que nadie llegará jamás: como el Libano que domina todo el Valle de Israel; es superior en brillo, hermosura y majestad á todas las obras que han salido de Su Excelsa Mano.

Sin embargo, el Soberano Señor, quiere concederle los honores de un trono más elevado; no encuentra en esas cimas abruptas flores ni ramas con que pueda tejerse una guirnalda digna de su frente virginal. Y es que nada de terrestre, nada de humano, nada de perecedero conviene á esa Reina del Cielo, á la Madre del Verbo hecho carne. Por eso le dirige estas dulces palabras: «Ven, ¡oh esposa mía! ven del Libano; ven ¡oh Madre de mi hijo muy amado! por mi mano serás coronada. *Veni de Libano, sponsa mea, veni coronaberis.*»

Y María, la más humilde y la más santa de las creaturas, siempre dócil á la voz de su Dios, se eleva majestuosamente sobre este mundo visible, se eleva sobre los bienaventurados, sobre los coros de ángeles y —*super choros angelorum*— sobre los arcángeles, los querubines y los serafines se adelanta hasta cerca del trono tachonado de estrellas donde está el Rey de los reyes —*usque ad aeternum thalamum in quo Rex regum stellato sedet solio*.— En esa triunfal ascensión, que con nada puede compararse, con nada aquí en la tierra, legiones de ángeles, miradas de espíritus celestes la rodean y la siguen cantando las alabanzas de Aquel que la hizo llena de gracia y bendita entre todas las mujeres.

Y Dios, el Señor de toda grandeza y de toda majestad, pone en la cabeza de la Augusta Virgen Inmaculada una corona resplandeciente de luz y de piedras preciosas, más brillante que todos los nimbos deslumbradores de los bienaventurados en la Jerusalén celeste, corona cuyo fulgor corresponde á sus virtudes, á sus méritos eminentísimos, corona que no es dable á la palabra humana describir.

No esperaría, queridos hermanos míos, que me ocupe en la solemnidad que reúne hoy á personas procedentes de todo el conti-

nente americano; no esperéis que os hable de la Coronación celeste de la Bienaventurada Virgen María; no gozaremos de este espectáculo hasta que veamos á Dios en nuestra verdadera patria. El apóstol San Juan, á quien amaba Jesús, desterrado en su roca solitaria de Patmos, vio una señal, una luz que brillaba en los cielos.

Era una mujer que tenía por vestidura los resplandores del sol, á sus pies estaba la luna y en su frente brillaba una corona con doce estrellas.

¿Qué era ese sol que circundaba á la Virgen Madre como de una vestidura de llamas? ¿No es el Verbo divino el sol de justicia que proyecta sus rayos á través de la carne virginal de María, como á través de la santa humanidad de Nuestro Salvador Jesús en el monte Thabor? Y la luna que está á los pies de la Virgen bendita, que pisa con sus dulces plantas una plegaria de todas las almas justas que contiene en su seno? ¿Y qué son esas doce estrellas, sino todos los coros celestes que coronan con su radiosa luz á la Reina de los Angeles, de los mártires, de los confesores, de las Vírgenes y de los santos?

Esto es todo lo que conocemos de las glorias de María en el cielo. Hablemos, pues, hoy de su coronación en la tierra y en particular en México. En esta augusta solemnidad vemos, según la expresión de San Juan Crisóstomo, á las olas del mar romper sus límites, adelantarse con fragor, cubrir las calles y las plazas de la ciudad. Sí, esa inmensa multitud de fieles que pacíficamente inundan la capital de la República mexicana y corre hacia este venerable Santuario es verdaderamente un mar, una corriente humana, sosegada y alegre, que refluye constantemente hacia la insignie Colegiata del Tepeyac. Es éste un espectáculo inolvidable, un espectáculo que ensancha el corazón y que hace amar á vuestra noble ciudad; un espectáculo que, por esta imponente reunión de prelados, de sacerdotes y de religiosos, y por el conjunto de los caracteres que los distinguen, dejará en todos los que aquí estamos, emociones y recuerdos impercederos. Procuraré explicar la significación de esta incomparable solemnidad haciéndolos ver: 1º que es una profesión de fe en Jesucristo, Rey de reyes, y en María, Reina del cielo y Madre de Dios; 2º una expresión de reconocimiento filial; y 3º un testimonio de nuestra devoción hacia esta buena Madre.

1

La solemnidad de este día implica una profesión de fe en la soberanía de Jesucristo y de su santa Madre.

En efecto, Jesucristo, Hijo de María, considerado no solamente como Dios, sino como hombre, es el Rey de los ángeles y de los hombres; es nuestro soberano, nuestro rey, nuestro Dios.

Tu es ipse rex meus et Deus meus. La plenitud de la divinidad que habita corporalmente en Nuestro Señor, reviste su humanidad santa de la dignidad soberana; esta corona no puede perderse ni destruirse, porque no es más que la esencia una é indivisible de Dios. De esta corona el escritor sagrado ha dicho con verdad: ¡Oh Dios, habéis colocado en la cabeza del Rey Vuestro Hijo, una corona de piedras preciosas, *posuite in capite ejus coronam de lapide pretioso.*

Según la doctrina de Santo Tomás de Aquino, Jesucristo es el Señor de todos los hombres, pero en diversos grados según la unión más ó menos perfecta que tienen con El. Unos están unidos á El en la gloria, en la morada de los bienaventurados, otros por la caridad ó por la fe; otros solamente en poder. Por El les son comunicados todos los dones divinos; por El, según su deseo, llegan á ser reyes. En efecto, en el bautismo, la virtud infusa de la fe se comunica al hombre, le une á la sabiduría substancial del Verbo hecho carne y por ella le exalta y le engrandece. Cuando más tarde, por un acto libre de su inteligencia y de su voluntad se ha abrazado á esa sabiduría eterna con amor y adoración, la sabiduría le cubre de gloria y ciñe á su frente una aureola de gracias, que es como corona brillante. *Arripit illam et exaltabit te; glorificaberis ab ea cum eam amplexatus fueris. Dabit capite tuo augmenta gratiarum et corona inclita proteget te.*

«Quiero, dice el Apóstol San Pablo, que sepáis que la cabeza, que el señor de todo hombre, es Cristo, como la cabeza de Cristo es Dios.» I. Cor. II, 3. Hay, pues, para nuestra frente una coronación necesaria, es la gracia, sobrenatural, es la cualidad de cristianos, de hijos de Dios.

Cuando paseo la vista por el inmenso y piadoso auditorio reunido en este recinto, no puedo menos de exclamar: Todos sois reyes, todos estáis coronados, porque todos sois hijos adoptivos de Dios, y, en consecuencia, herederos del reino del cielo, coherederos de Jesucristo; habéis pues, todos sido ungidos reyes, y la corona de gloria que os espera en el cielo no será más que continuación de la corona de la gracia que existe ya en vuestra alma.

Pero si todos los cristianos revestidos de la gracia son reyes porque son hijos; que diré de la que es Madre? Posee de una manera extraordinaria y singular la sabiduría eterna del Verbo hecho hombre; concibió en su sér virginal, erró en su corazón como en sus entrañas al Hombre-Dios, á Aquel que es trasunto de la Gloria de Dios y figura de su substancia.

¿Cuál no será, pues, la inmensa irradiación de luz, la incomparable aureola de gloria que brillará en la frente de la Virgen Madre? Ella ha dado á Jesucristo esa naturaleza humana con la cual es Señor de nuestra naturaleza, de la humanidad entera; Jesús, en cambio, concede á su Madre torrentes de gracia; coloca en sus sienas una diadema inapreciable en que brillan la inocencia, la santidad, el poder, la majestad. *Dabit capite tuo augmenta gratiarum et corona inclita proteget te.*

Por esa prerrogativa de la maternidad divina que le es propia y que le ha hecho contraer con Dios relaciones íntimas, ¿no podemos afirmar que María tiene derecho á todo género de coronas? ¿No merece la corona de la virtud, la que sola entre todas las creaturas humanas nunca se ha manchado en lo más mínimo y que en santidad es superior á todos los espíritus celestes?

¿No tiene derecho á la corona de la ciencia, quien ha conocido todos los secretos del Verbo encarnado? ¿No conviene la corona de la victoria á quien ha humillado el poder del infierno y matado á todas las herejías? ¿No pertenece la corona de la abnegación á quien ha sacrificado por nosotros, pecadores ingratos, á su Divino Hijo que nos ha devuelto nuestro derecho al cielo? ¿No merece la corona real y sacerdotal la mujer extraordinaria que ha dado vida al Rey de los reyes y al Padre por excelencia, Jesús Nuestro Redentor, y que siempre ha participado de la autoridad de sus mandamientos? No hay más que un solo Jesucristo, Dios hecho hombre; no hay también más que una sola mujer Madre de Dios, la Virgen María. El culto, que rendimos á esta creatura privilegiada es un culto que se eleva sobre el que rendimos á los demás santos, porque la Madre de Dios tiene un rango aparte y enteramente distinto.

Ahi tenéis, queridos hermanos míos, una idea débil y pálida de las grandezas, de las glorias y, en consecuencia, de las coronas que es necesario conceder y otorgar á María en la fiesta de su coronación terrestre que celebramos hoy. Podríamos resumirlas todas en una sola. María es la Madre de Jesucristo, y Jesús es la corona suprema y total de María, su Madre: *posuite in capite ejus Coronam de lapide pretioso.*

¡Permitidnos, pues, oh Virgen santa, que nos asociemos á los habitantes de este dichoso país para rendiros un tributo de honor, un homenaje de confianza y amor!

II

María, al entrar en el cielo, no fué desposeída de la tierra, que es la herencia suya y la de su Hijo, porque debe ser alabada y glorificada por todas las generaciones: *beatam me dicunt omnes generationes.*

Es oportuno y justo en rigor decir ahora que la católica España, la madre patria de la República Mexicana, ha honrado por modo singular á la Virgen María, contribuyendo á su glorificación cubriendo nuestro territorio de santuarios colocados bajo el patrocinio de María. ¿No puede afirmarse, en verdad, que María ha echado profundas raíces en el pueblo español, en ese pueblo activo, de carácter caballeresco que venció á los moros en innumerables com-

bates, en luchas heroicas de muchos siglos? Recórrase un poco la historia de la Península Ibérica y siempre y en todas partes se encontrará el culto de la Virgen María en pleno desarrollo, entre aquellos hijos valientes de una nación cristiana.

Hace ya cuatro siglos que un nuevo continente se abrió á la propagación del Evangelio y de la civilización cristiana. Los pueblos de Europa se precipitaron con celoso ardor sobre el Nuevo Mundo, y se repartieron con la espada este continente, poblado hasta entonces por desgraciados indios hundidos en la idolatría, y destinados á ser con la introducción de los principios cristianos, uno de los más poderosos, uno de los más ricos de todo el universo.

Antes de que la vieja Francia enviara sus valerosos *pioneros* á plantar sus tiendas en las riberas del San Lorenzo, antes que Inglaterra, dominada por el fanatismo religioso, perseguía á sus hijos y los obligaba á buscar un refugio en los Estados Unidos, en las costas del Atlántico, los españoles atraídos por la dulzura del clima, por la fertilidad del suelo, por la abundancia de ricos minerales, y también por ideas de un orden superior, se fijaban en el Sur y establecían colonias formadas á imagen de su venerable madre patria, la católica España, la poderosa monarquía de Fernando é Isabel: México fué uno de los países que le tocó en herencia, á consecuencia de la conquista cuyas fases conocí mejor que yo.

Y María, Madre de Dios, protectora constante y atenta de España, no debía ser olvidada de México; no se arrancan fácilmente del corazón de un pueblo las tradiciones seculares, las creencias religiosas que nacieron y se fortalecieron bajo el amparo de Dios. Al mismo tiempo que la doctrina de Jesucristo se propagaba entre los pobladores del país, el culto á María no debía olvidarse ni verse con indiferencia en un momento tan solemne. Su dulce y bienhechora intervención debía, para mayor gloria de su divino Hijo, dejarse sentir aquí, bajo el ardiente sol de México, en medio de esta opulenta naturaleza, así como en las orillas del San Lorenzo, en Quebec.

México empezaba á recibir colonos españoles que se mezclaban á la población indígena. Era la época favorable y oportuna para la Bendita Virgen María, de tomar posesión de este país; de manifestarse á este pueblo con todos los tesoros de su misericordia.

Si fuera necesario, os contaría la Aparición milagrosa de la Santísima Virgen en 1531 á Juan Diego, á aquel pobre indígena ignorante, pero lleno de fe y de confianza en la Madre de Dios, Podría yo también recordar los dulces cánticos, las armonías celestes que escuchó embesado en la colina próxima á nosotros; la nube brillante, luminosa, en medio de la cual apareció la Virgen Madre; las palabras llenas de bondad que le dirigió y que le dijo repitiendo al Arzobispo Zumárraga; la orden que le dió para que se le levantara un templo en que fuera honrada de una manera particular; la reproducción milagrosa de la Imagen de la Virgen; las rosas impregnadas de un perfume celeste y los otros prodigios que se realizaron entonces; pero todo eso lo sabéis muy bien desde hace mucho tiempo.

Podría también deciros cuánto honráis desde hace tres siglos y medio la Imagen que tiene el nombre venerado de Nuestra Señora de Guadalupe.

Conocéis, en efecto, las relaciones consignadas por vuestros antiguos escritores y cronistas, los antiguos cantos sagrados y profanos compuestos en alabanza de la Virgen protectora de este suelo y cantados en público con aplauso de los Jefes augustos de la Iglesia católica; relaciones indiscutibles é incontestables en cuanto á que dan un origen histórico á la tradición que aún se conserva y á la manifestación aqual que se hace de más de trescientos para acá. En fin, todos sabéis por vuestra propia historia; por las enseñanzas de vuestras madres; por los recuerdos de vuestra infancia; por el espectáculo que á menudo se presentó á vuestros ojos, que la Virgen de Guadalupe es la verdadera Patrona, la verdadera Señora de los mexicanos; que es la consoladora, la consejera, la confidente de todas las familias, de todas las casas. ¿No hay muchos entre vosotros que han sido ofrecidos por sus madres, desde al nacer á esa Madre Celestial? ¡Cuántos han ensayado sus primeros pasos, balbuceado las primeras oraciones contemplando á esa Patrona de México! ¡Cuántos entre vosotros en los días entusiastas de la adolescencia, en los días tempestuosos de la juventud y, por fin, en los

días laboriosos de la edad madura han venido aquí con oraciones y con súplicas!

¡Cuántas lágrimas han humedecido el suelo de este templo! ¡Cuántos votos, cuántos suspiros, cuántos ruegos se han elevado como un vapor de incienso por las paredes y las bóvedas! ¡Cuántos arrepietimientos y cuántas resoluciones! La Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe ocupa en verdad todo el templo: verdaderamente el primer lugar entre todos los templos de la América que están bajo la advocación de la Virgen María. A los pies de la Imagen secular que aquí se venera, han venido á postrarse muchas generaciones sucesivas. Todavía es éste el lugar á que vienen todos los que ruegan, sufren ó esperan; las lágrimas de los ojos y del corazón; los suspiros arrancados por el dolor y á veces por el remordimiento; la ansiedad que inspira el temor y la que causa la esperanza, se mezclan y confunden ante ese altar. ¡Con razón os interesa tanto todo lo que se refiere á este noble santuario! Todos los recuerdos de tiempos pasados, de antiguos milagros efectuados aquí, se agrupan al rededor de la Virgen, como la nube que se extendía sobre el Arca de la Alianza, y que revelaba la presencia de la divinidad. Me parece ver en la gloria de la Jerusalén celeste todas esas generaciones de santos prelados, de santos sacerdotes, de santas vírgenes, de fieles piadosos que han venido á invocar á María en este sitio mil veces bendito. ¡Qué espectáculo tan consolador y digno de la admiración de la posteridad!

Una dulce experiencia ha enseñado que María ha sido para vosotros, como para todos, la verdadera depositaria de gracias preciosas, la guía del cielo, la dispensadora de todos los dones, el ángel del consuelo, la reina de las virtudes, el sostén de los débiles, la consoladora de los afligidos, el alivio de los enfermos; en una palabra, el conducto de todos los bienes en el tiempo y en la eternidad! ¡Debido es, pues, reconocimiento profundo, reconocimiento eterno á María Inmaculada, Madre de Dios, á Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Que vuestras acciones de gracias salgan en oleadas de vuestros corazones y se eleven al cielo en esta gran solemnidad! ¡Oh! guardad un recuerdo eterno de este hermoso día, y que las generaciones futuras repitan todavía dentro de un siglo, dentro de dos siglos, las maravillas de las festividades celebradas en estos días!

III

Comprendéis ya, hermanos míos, la significación de la presente solemnidad, por lo menos en gran parte. Dejad sin embargo que agregue unas palabras para explicar lo que vale esta coronación por manos de los hombres, después de haber sido coronada María divina y régicamente en la gloria.

La misericordia es el más bello atributo de la soberanía. María, que es Reina, es por excelencia la Madre de Misericordia. Por eso la Iglesia usa esos dos títulos en la salutación: *Salve Regina, Mater Misericordia*. En el cielo, la Reina de los ángeles y de los santos, no tiene necesidad de misericordia, porque la misericordia no existe en aquel lugar de alegría y felicidad perpetua. Pero nuestra pobre tierra, que es valle de lágrimas, le ofrece un vasto teatro en que poder satisfacer las necesidades de su corazón. Mientras los hombres estén sujetos á pruebas, mientras haya sufrimientos que consolar, lágrimas que enjugar, pecadores que convertir, justos que perfeccionar, almas que salvar, María considera que su gloria y su felicidad no han llegado á su colmo, que su corona no brilla con todo su fulgor; Jesús, su divino Hijo, está sentado á la diestra de Dios Padre, pero el cuerpo místico de Jesús, que se compone de santos, no ha reunido á todos sus miembros; aún no llega á su complemento: María sabe que hay otros miles de hijos que están expuestos en la tierra á todas las peligrosas eventualidades de este viaje.

Madre de todos los afligidos, ruega, intercede ó intercederá hasta que Jesucristo sea amado por todos los corazones y reine en ellos. De ahí ese auxilio eficaz, sensible, sobrenatural, á la vez milagroso que María concede á quienes la invocan. Y porque la gracia en lo que se refiere al hombre se acomoda á nuestra doble naturaleza material y espiritual, y revisiendo las condiciones de lugar y de

tiempo por las cuales puede ser palpable y visible la poderosa intercesión de la Madre de Dios se manifiesta de preferencia en algunos santuarios, al pie de algunos altares donde tiene á bien mostrarse. La tierra entera está cubierta de monumentos levantados á María por la confianza, por la devoción, por la gratitud del pueblo cristiano. Pues bien, cuando uno de esos santuarios, cuando una de esas imágenes antiguas de la Madre de Dios han recibido el culto, los votos, las ofrendas de una larga serie de generaciones; cuando la voz pública les atribuye bienes, prodigios, milagros de misericordiosa protección, la Sede Apostólica á que corresponde examinar y señalar los fenómenos de la gracia, se complace en unir sus homenajes á los de los fieles. En señal de su propia piedad y también como sanción y como estímulo á la devoción pública, el Pontífice Romano, después de una información detenida, se digna consagrar y coronar personalmente ó por delegación la imagen secular, ya sagrada, y coronada por la fe y el amor de los pueblos. Por lo demás, esa corona siempre se ofrece á la Madre de Jesucristo, porque la diadema que señala el Jefe de la Iglesia tiende sobre todo á glorificar la fecundidad sobrenatural, la segunda maternidad por la cual María da hijos á la Iglesia y á Nuestro Señor.

En el caso actual, el Jefe augusto de la Iglesia, el Pontífice Supremo por medio del cual Dios ha querido propagar la devoción favorita del Santo Rosario, le ofrece la más augusta corona que exista en la tierra, y cuyo fulgor brillará en la historia como la más viril, la más imponente, la más magnífica de esta edad; León XIII, Vicario de Jesucristo y primer representante de Dios en la Tierra, ha delegado al Venerable Metropolitano de México para colocarle á la Virgen de Guadalupe una corona cuyo precio sólo puede ser superado por el de la eterna corona.

¡Solemnidad extraordinaria que llena de alegría el corazón de todos los que se interesan por la gloria y por el culto de Nuestra Señora; solemnidad que ha sido aplaudida por todo un pueblo, hasta en el mismo Santuario y que recordará á toda la posteridad uno de los días más hermosos que han tenido esta ciudad y la Iglesia mexicana.

Esta gran festividad religiosa constituirá indudablemente una de las más bellas páginas de los anales de México.

¡Oh María, nuestra libertadora, nuestra guía, nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestra salud! Dignaos concedernos nuevas pruebas de vuestra ternura y celebrad con este pueblo, con esta Nación un pacto todavía más estrecho, una alianza aún más íntima!

¡Ah! lo proclamo públicamente porque es la verdad: el pueblo mexicano, á pesar de las desgracias que ha sufrido, á pesar de desfallecimientos parciales y temporales, es siempre digno de vuestro amor, porque es un pueblo lleno de fe, un pueblo que da pruebas evidentes de su amor á Jesucristo y á su Iglesia.

La tierra mexicana es y será siempre una tierra de fieles. A diferencia de otras muchas naciones, aquí, en el fondo, es cristiano el pueblo, la impiedad sólo puede aparecer en la superficie. Puede engañar y extraviar temporalmente los espíritus. Esto sucede siempre y en todas partes; pero en este país en que alienta la fe, la verdad conserva y conservará siempre su criterio en el fondo de las almas, y pasada la tempestad, las almas se levantan con toda la sinceridad de las creencias y de la práctica cristianas.

¡Oh Santa Virgen de Guadalupe! en este hermoso día de triunfo para vos, dirigid hacia nosotros vuestras miradas, vuestros ojos llenos de misericordia, vuestros ojos que calman el dolor y derraman la alegría y el consuelo.

Dirige tus miradas sobre esta ciudad que te ama y que es digna de tí; sobre esta nación mexicana que tan feliz se cree con tu aparición y que ha estado representada en estas fiestas por su generoso clero y por lo más distinguido de la sociedad.

Haz que este pueblo conserve siempre su corona, la Corona de la fe, del valor y del honor cristiano.

— Proteje y bendice siempre á México, que tanto se enorgullece con tus fiestas y bendice también á mi Canadá, tan fiel siempre para honrarte; bendice á las dos Américas que te aclaman; bendice al Jefe augusto de la Iglesia que reclama con tanta justicia la libertad necesaria para gobernar á su grey, que os glorifica por medio de su ilustre delegado.

Benedicid al venerable y distinguido sacerdote que con su celo

infatigable y energía ha contribuido tan eficazmente á ensanchar y á restaurar vuestra soberbia Colegiata y que dentro de pocos días recibirá la unción episcopal.

Sin vos parecería el mundo. Los días son malos; tristes presentimientos nos dominan. ¡Oh abogada nuestra, escuchad los ruegos que lanzamos desde el fondo de nuestro valle de lágrimas! Sois la Reina del Universo, conducid, pues, las naciones hacia Jesucristo; así daréis á las sociedades la más noble corona, su corona de piedras preciosas que es Jesucristo vuestro Hijo.

Nuestro único consuelo al abandonar este bendito Santuario, á donde hemos tenido la felicidad de venir á orar varias veces, será la esperanza de veros en el cielo. Dignaos conducirnos algún día, á esa mansión celeste y mostrarnos la corona que ciñe vuestra frente immaculada; dignaos sobre todo mostrarnos á Jesús, fruto bendito de vuestras entrañas; á Jesús, la corona de todos vuestros elegidos y nuestra eterna recompensa.

Amén.

VIII

Predicado por el Sr. Pbro. D. Antonio J. Paredes, en la función que celebraron los Sres. Curas de la ciudad de Mexico el día 20 de Octubre. (*)

Corona aurea super mihram ejus expressa signo sanctitatis, gloria honoris et opus fortitudinis.
Corona de oro sobre su tocado marcada con el sello de la santidad, con aureola de honor y como trofeo de fortaleza.

MNES gentes plaudite manibus; jubilate Deo in voce exultationis. ¡Batid palmas, pueblos todos que habitáis esta bendita tierra, y que un himno entusiasta brote de los labios todos y vaya á anunciar hasta los más remotos confines de la tierra, que México, agradecida, celebra la Coronación de la Virgen María de Guadalupe, su apóstol, su protectora, su madre tiernísima y, por universal aclamación en el día de hoy, su Reina y su Soberana.

Al fin nuestros ojos extasiados ante la magnificencia de este templo, contemplan en su trono á la bendita Imagen objeto de nuestros cultos y de nuestro amor. Al fin sobre sus angustias sienes resplandece aurea corona con que el Romano Pontífice quiso manifestar la grandeza de María y los hijos de México su piedad ardorosa y su ferviente amor á la Madre de nuestra patria. Al fin nuestros corazones se ven henchidos de la alegría más pura, como los del pueblo israelita que, vuelto ya de la cautividad, logró ver reedificados los benditos muros de ese templo que era el centro, el eje, la fuerza y el nervio de su nacionalidad.

Hoy que la muy noble y muy leal ciudad de México, representada por los pastores que á su cuidado tienen encomendadas las almas todas que la pueblan, viene á postrarse á los pies de la Vir-

(*) Acatando respetuosamente una disposición de la S. Mitra de México por la cual se prohibe publicar sermones de eclesiásticos que no sean Obispos, sin la licencia de aquella autoridad, la hemos solicitado y obtenido para publicar los sermones de los señores sacerdotes que predicaron en la Colegiata el mes de Octubre. He aquí la relativa al sermón del Sr. Dr. Paredes:

“El Señor Gobernador de la Mitra, en vista del dictamen del Censor, se ha servido conceder licencia para que se publique el sermón predicado por el Sr. Cura Dr. D. Antonio J. Paredes en la función que hicieron los párrocos de esta Ciudad con motivo de la Coronación de la Sma. Virgen de Guadalupe.”

“Profesión á Vd. mi aprecio.
“Dios guarde á Vd. muchos años. México, Diciembre 11 de 1855.—Melézar de Jesús Vázquez, Secretario.—Sr. Director de “El Tiempo.”—Presente.”

gen Mexicana aparecida en el Tepeyac, un solo sentimiento domi na los corazones todos: el del más intenso regocijo, y un nombre solo brota de todos los labios: el de María de Guadalupe.

Un aplauso el más estruendoso resuena en el espacio; un himno el más entusiasta entonen los labios todos, y que sus sonoras notas, al estrellarse en las montañas que coronan este valle delicioso, vayan á decir á la nación entera que México viene hoy, vencida por la gratitud y el amor, á depositar á las plantas de María de Guadalupe el tributo de su completo y eterno vasallaje, significando en la corona que ciñe hoy sus sienes.

Bien quisiera, Señores, asociarme á este unánime concierto de alabanzas y ser sólo un eco en este coro esplendoroso que la nación reconocida entona á María de Guadalupe, en vez de ocupar vuestra atención en razonamientos y discursos que parezcan quizás extemporáneos. ¿Se puede acaso discurrir con serenidad cuando el ánimo se halla embargado del gozo más arrobador? Pero la misión que debo desempeñar en este día no es sólo la de presentar á nuestra buena Madre los corazones de los párrocos de la ciudad, mis dignos compañeros, y los de sus feligreses; sino también hablar á éstos principalmente en nombre de Dios y procurar que este santo regocijo no sea el entusiasmo de un momento; sino que sea permanente y duradero. Creo para ello necesario investigar cuál es la significación del acontecimiento que hace nueve días hemos celebrado; cuáles los deberes que de él emanan para nosotros; cuáles las esperanzas que deben alentarnos.

Ave María.

Desde la más remota antigüedad aparecen las imágenes de María ciñendo real corona en sus angustias sienes. Esta corona débese primero á su excelsa dignidad. Es ella Madre verdadera del Rey de reyes y Señor de los que dominan, y los mismos ángeles la reconocen y veneran como á su Soberana. También es esta corona el premio de las virtudes de María, y píusola sobre su cabeza el mismo Hijo de su casto seno en el día de su gloriosa Asunción; doble diadema, premio de la santidad y símbolo de su grandeza:

Corona aurea super mihram ejus expressa signo sanctitatis et gloria honoris. Pero además de estos dos títulos la Iglesia suele coronar las imágenes de María, como un testimonio de la gratitud que le debe por haberla concedido singulares victorias contra sus más encarnizados enemigos y héchola salir garante en medio de las dificultades y peligros que encuentra en su camino. En este concepto la corona que coloca sobre las sienes de la Virgen invicta, terrible como el más poderoso de los ejércitos, es un trofeo de fortaleza, es la aureola, el laurel del vencedor: *opus fortitudinis*.

Tal es, Señores, la significación de la corona que la Iglesia mexicana acaba de ofrecer á la Virgen María de Guadalupe, su poderosa Reina y Madre amantísima. Mi sencillo discurso no tendrá otro objeto que hacer algunas consideraciones sobre este punto y demostrarnos que con justa razón hemos colocado esa corona sobre las sienes de María como un trofeo de fortaleza, por el consuelo que nos ha concedido en nuestras penas y el auxilio en nuestros combates y la salvación en medio de los más iminentes peligros. A este fin os presentaré á la Iglesia mexicana gloriosa en sus humillaciones y fecunda en sus dolores por la protección de María Santísima de Guadalupe.

Siendo una verdad que la Iglesia Católica es la esposa de Jesucristo, pues que cual otra Eva salió del costado de este segundo Adán al espirar en el árbol de la cruz, y siéndolo también que Jesús es para la Iglesia un esposo de sangre, *sponsus sanguinum tu mihi es*, no os admirará que la esposa le siga por sus sangrientas huellas; que se le asemeje en las humillaciones y dolores; que sea mártir, cual cumple á la esposa del que es Rey de todos los mártires.

¡Ah! sí, la Iglesia, esa madre la más fecunda de todas las madres, como la de los Macabeos es admirable sobre toda ponderación, porque todos los días y de mil maneras es mártir. Ella ha su

frido la sangrienta persecución de los tiranos que con el hierro y el fuego han tratado de extirparla; ha sufrido el martirio á que la sujetó la herejía patrocinada muchas veces por las testas coronadas y que pretendía darle muerte arrebatándole su misma alma: el purísimo tesoro de la fe; ha sufrido martirio más espantoso aún, si cabe, de parte de la impiedad artera, que con la sonrisa del sarcasmo y del desprecio ha querido conseguir, y no siempre sin éxito, lo que no consiguió el tirano feroz y el hereje sagaz. Ella es torturada por muchos de sus ingratos hijos, que con la relajación de sus costumbres la deshonran, y ella en fin es mil veces mártir, ya sea que consideremos la intensidad de sus dolores, ya la prolongación de sus sufrimientos. Si, los mártires dando la vida por Jesucristo, no hicieron otra cosa que abreviar su sacrificio y terminar con un acto heroico, si, pero único, la carrera de sus días; la Iglesia, que durará hasta la consumación de los siglos, sufrirá todos los días el martirio sin morir jamás, y contará sus sacrificios por el número de las horas de su existencia, de los lugares de su posesión y por el de sus hijos fieles que deseando vivir piadosamente en Cristo Jesús, tendrán necesidad de sufrir persecución.

La Iglesia mexicana no podía ser una excepción. En su existencia de tres siglos y medio, ella ha apurado hasta las heces el amargo cáliz de la pasión, y si bien es cierto que este suelo no se enrojeció con la sangre de los mártires como el del mundo antiguo, también lo es que no ha pasado para ella un solo día sin especial tribulación.

El primer dolor de esta madre en los días que siguieron á la conquista, fué semejante al de aquella Ana, madre después de Samuel, que iba á derramar abundantes lágrimas en el tabernáculo del Señor: la esterilidad. Durante los dos primeros lustros la Iglesia mexicana, compuesta sólo de los religiosos misioneros y de un puñado de conquistadores, no parecía que hubiera de propagarse. Hasta nosotros llegaron los lamentos de aquellos varones apóstólicos que si derribaban un ídolo en las ciudades, se levantaban otros diez en los adoratorios de las montañas y los indios mostraban indiferencia y aun horror á la vista del crucifijo. Era de esperarse. La conversión es una seducción, un encanto, como decía el profeta, un embeleso que se impone por su embriagadora suavidad. Mal podía, pues, verificarse esta seducción cuando los apóstoles venían al lado de aquellos guerreros que acababan de acuchillar á sus hermanos, destruir sus ciudades y acabar con su monarquía.

Dios quiso al fin poner un término á esta prueba. La misma Virgen Madre de Dios quiso ser nuestro Apóstol; á sus dulces palabras, á su celestial sonrisa, á la que formaron eco los cánticos angélicos, tuvieron que rendirse los corazones, y bien pronto la cruz de Jesucristo se halló plantada desde Guatemala hasta más allá de las riberas del Bravo.

Sucedió entonces en nuestra patria lo que entusiasta cantó el divino esposo: *Vox turbaris audita est in terra nostra: Flores apparuerunt. . . . tempus putationis advenit. . . . ficus protulit grossos suos; vineae florentes dederunt odorem suum.* (1) La voz de esa madre amante, de esa tortolilla purísima, dejóse oír en nuestra tierra. Hablaban los celosos misioneros á los oídos y predicando María en los corazones, cada paso era una conquista, cada batalla un triunfo. Dios que en su mano tiene, dice la Escritura, el corazón de los reyes, puso en las de María los de los pueblos. *Vox turbaris audita est in terra nostra.* Las áridas espigas que por doquiera brotaban en nuestro suelo á su llegada se convirtieron en fragantes rosas: *Flores apparuerunt in terra nostra quasi rose in medio hyernis.* Desde entonces esta tierra que como la higuera maldita de Jerusalén aún no había producido fruto alguno para la vida eterna y se veía amenazada; con la reprobación produjo abundantes frutos. *Ficus protulit grossos suos,* florecieron todas las virtudes cuyo grato aroma subió al cielo en olor de suavidad: *vineae florentes dederunt odorem suum* y como legado el tiempo de la poda los hijos de mi patria comenzaron á poblar las uansiones dichosas de la Jerusalén celestial.

¿Terminaron con ésta las pruebas y los martirios de la Iglesia naciente en México? De ninguna manera. Durante la época colonial si bien Dios le concedió grandes consuelos, y vió multiplicarse

1 Cant. V. 5.

sus hijos, poblarse sus claustros y enriquecerse sus universidades y basílicas, cuántos dolores tuvo que sufrir; cuantas amarguras acibararon su aparente dicha y prosperidad!

Ya es que colocada entre la codicia é insensibilidad del conquistador y la debilidad y los vicios inveterados del conquistado, mira á sus más celosos pastores abandonar la grey y atravesar una y otra vez los anchos mares para obtener leyes de protección y amparo en favor de los indígenas. Ya son las arbitrariedades de los gobernantes que se consideran señores absolutos al verse lejos de la Madre Patria, y esclavizan á la Iglesia al tratar de hacerla dócil instrumento de sus venganzas ó caprichos. Ya son las discordias domésticas y las guerras intestinas las que desgarran el seno de esta Amorosísima Madre y no obstante que no tenga verdugos tiranos que den muerte á sus hijos, ni herejes que corrompan la pureza de su doctrina la hacen exclamar: *ecce in pace amartitudo mea, amaritissima.*

¿Qué fué en efecto, Señores, la historia de la Iglesia Mexicana durante la época de la dominación española, sino una serie no interrumpida de dificultades y luchas entre los virreyes y los preladados, de calumnias que llegaban hasta las gradas del trono y que la distancia hacia difíciles de desvanecer, y de altercados entre religiosos y seculares sobre puntos no bien definidos en la legislación de la Iglesia?

Legó la época de nuestra autonomía y durante cuarenta años la Iglesia de México sufre nuevos dolores, fluctúa entre el temor y la esperanza, según que los gobiernos de corta duración que unos á otros se sucedieron la amparaban con su protección, ó le declaraban la guerra amenazándola con el despojo, la proscripción y la servidumbre. Desde el día infuante en que se publicó en Nueva España la pragmática sanción de Carlos III arrebatando en un momento de nuestro suelo, á tantos varones ilustres honra y prez de nuestra Iglesia, é incorporando al Estado los bienes de algunas órdenes religiosas, comenzaron á soplar los vientos precursores de la tempestad que al fin se desencadenó hace treinta y ocho años. Necesitaría, señores, el arpa de un Jeremías, para pintar los dolores de esta Iglesia Mártir al consumarse la grande obra de la iniquidad. Sus templos destruidos, concluido el esplendor del culto divino, sus sacerdotes reducidos á la mendicidad, sus vírgenes arrojadas del claustro que las abrigaba: he aquí de nuevo repetido el espectáculo que arrancó lágrimas al profeta de la infeliz Jerusalén: *Vias Sion lugent, eo quod non sit qui evniat ad solemnitatem; omnes portae ejus destructae, sacerdotes ejus gementes: virgines ejus squalidae et ipsa oppressa amartitudine.*

No acabaría señores, si tratara de pronunciar los tintes de este lúgubre cuadro, si quisiera pormenorizarlos más los martirios que en estos días torturan á nuestra Iglesia. Por otra parte no debo insistir en una cosa que todos vemos y palpamos, en los martirios de la Iglesia de México, sino que debo, conforme lo prometí, mostrároslos gloriosos en sus humillaciones y fecunda en sus dolores, debido á la protección de María de Guadalupe.

II

Ante todo debo confesar ingenuamente que no trato de hallar la gloria y la bendita fecundidad de la Iglesia Mártir allí donde habría de buscarse según el criterio de los mundanos. El mundo no tiene más que un dios, á quien adora, dios de quien pende la gloria y la prosperidad mundanal. Este dios, se llama: *el dios éxoto.* Es ésta la cátedra de inmoralidad que se halla establecida en las sociedades actuales. Consigase el resultado que se desea, obténgase el éxito, serán licitos todos los medios, serán indispensables todas las indignidades y los crímenes; adórase al poderoso, aunque halla acumulado riquezas y poder á costa de las rapiñas y la injusticia y así el éxito es la medida de la gloria.

Entre los cristianos no es así. La gloria consiste en luchar, en combatir aunque se muera en la demanda. El éxito, es decir el premio, nos está reservado en el cielo, y mientras que las santas empresas de la religión fracasan y no tienen el éxito que el hombre desea obtener de ellas, la Providencia inexcrutable de nuestro Dios

por medios que nos son desconocidos, saca el bien del mal, el triunfo de la derrota, y la gloria de la humillación. Esto es lo que nos enseña la Historia de la Iglesia en cada una de sus páginas y tenía que ser así desde el momento en que de la locura de la cruz brotó la sublime filosofía del cristianismo, de la debilidad de Jesús la fuerza de su Iglesia, y de su muerte la vida impercedera de su Inmaculada Esposa.

Juzgando de los acontecimientos por este criterio, no nos será difícil encontrar divina fecundidad y gloria esplendorosa en los dolores y humillaciones de la Iglesia Mártir. Si consideramos en efecto, hermanos míos, la conservación admirable de la religión que nos legaron nuestros padres, á pesar de todas las dificultades que se le han opuesto y de los peligros que han amenazado su vida; si nos detenemos á contemplar el movimiento religioso que en nuestros días de impiedad y de indiferentismo se ha logrado suscitar en todas las clases sociales; si atendemos á que la idea cristiana, aunque no sea más que por lo poético y bello que encierra y á que á pesar de todos los esfuerzos del enemigo, y á pesar de cuanto digan nuestros adversarios la cuestión religiosa es la primera de todas las cuestiones y que nunca pasa de moda, veremos que hoy como ayer podemos decir con San Pablo los ministros de Jesucristo: «Hasta esta hora sufrimos el hambre y la sed y somos despojados y maltratados y nada tenemos seguro y trabajamos sin descanso. Se responde con maldiciones á nuestras palabras de paz; con las persecuciones á nuestra paciencia; con blasfemias á nuestras oraciones. Somos considerados como la hez de la tierra, como la basura del mundo.» ¿Todo esto nos desalienta, nos hace volver el rostro atrás? ¡Ah! no, prosiégue el mismo Apóstol: «hacemos consistir nuestra gloria en lo que humilla y nuestra fama en lo que se tacha de infame. Somos tratados como seductores y sin embargo los pueblos vienen á buscar en nuestros labios la verdad; se nos desacredita y no obstante eso nuestro nombre está en boca de todos; parece que estamos muertos y hé aquí que estamos vivos; nos maltratan y nuestro valor no se extingue; se cree que estamos tristes y nuestra alegría es persistente; somos pobres y enriquecemos á las multitudes; parece que nada poseemos y lo poseemos todo.»

¿No es en efecto un espectáculo admirable, el ver que la Iglesia mexicana nunca ha estado tan desprovista de esos medios que aunque son humanos, tanto coadyuvan á la consecución de su fin divino, como son la influencia, la riqueza, el apoyo de las potestades seculares, y sin embargo ha llegado á realizar en estos mismos tristes días obras que tanto consuelan al ánimo pensador y preocupado con el porvenir de nuestra cara patria?

Desaparecieron los fondos que servían para costear el culto que debemos á nuestro Dios; tenemos, para cumplir con este santo deber, que recurrir á la piedad y sin embargo el culto divino se celebra con un esplendor que nadie hubiera podido esperar al consumarse el despojo. Los templos que nuestros mayores nos legaron debido al óbolo de la piedad cristiana se engrandecen y decoran con magnificencia, ni son tan contados los que desde los cimientos se levantan para atestiguar la vida exuberante del catolicismo en nuestro país.

Las diócesis se multiplican para que así el Pastor de cerca vea las necesidades del rebaño y provea á ellas con el oportuno remedio. En nuestros días hemos visto á los Pastores remitirse en la antigua Antequera á realizar lo que en el espacio de tres siglos no se había verificado y que tanto coopera á la uniformidad de la disciplina, á la unión de los esfuerzos, á la exaltación de nuestra fe: la celebración de un Concilio Provincial.

¿Y qué diré del fausto acontecimiento que hace palpitar nuestros corazones de júbilo y de santo entusiasmo? Ya comprenderéis que hablo de la coronación de nuestra amadísima Madre, la Virgen María de Guadalupe. Esta coronación tan deseada por los católicos, no sólo en estos últimos años, sino de largo tiempo atrás y que en días más bonancibles, días de paz y de prosperidad, no se logró ver realizada, es un hecho en medio de la humillación, de la pobreza, de la opresión que agobia á la Iglesia de México. ¡Bendito sea Dios, á quien todos podemos decir con el Real Profeta, que á medida de los dolores y tribulaciones con que nos ha probado, derramó sobre nuestros corazones el bálsamo del consuelo! *Secundum*

multitudinem dolorum meorum in corde meo: consolationes tuae letificaverunt animam meam.

¿Qué importa que se desencadenen contra nosotros los más fieros aquilones; ¿qué importa que diariamente suenen en nuestros oídos terribles amenazas de proscripción, de despojo y aun de cautiverio? La persecución será una poda, sucederá con ella á nuestra Iglesia lo que San Pablo dice acontecerá á nuestro cuerpo en el sepulcro: se la desprecia, se la sepulta, se la humilla; pero en ello está su gloria; la persecución la encontrará quizá manchada y corrompida por los vicios de sus malos hijos; pero ella la transformará, la hará incorruptible y despojándola de la materialidad de las esperanzas y bienestar mundanos á que pudiera aspirar en la paz, la hace toda espiritual y hermosa hasta aparecer inmaculada esposa sin tacha ni defecto: *Seminatur in ignominia, surget in gloria; seminatur in corruptione, surget in incorruptione, seminatur corpus animale, surget corpus spirituale.*

Cuántas veces, al ver que en las presentes circunstancias la Iglesia y sus ministros carecen de toda seguridad, de toda garantía en el orden social; al leer las calumnias que todos los días de ellos propala la prensa impía; al ver la impunidad de que gozan cuantos la atacan, la insultan, la persiguen, se han realizado las palabras de San Pablo: *Aestimati sumus sicut oves occisionis; sed superamus propter eum qui dilexit nos.* Se nos juzga como ovejas destinadas al matadero; pero nos sobreponemos á nuestros enemigos por la virtud que nos da Aquel que nos amó. ¿Qué consideraciones, qué miramientos se deben, de qué derechos goza la oveja que está en el matadero y que ya va á ser inmolada para el abastecimiento de una ciudad? Del mismo modo, ¿qué garantía tiene la Iglesia, cuyos derechos no puede defender con las armas que nunca tuvo, ni con el dinero de que hoy carece, ni con la amistad de los poderosos con que no cuenta? Y sin embargo: *superamus*, á todo nos sobreponemos. La Iglesia inmóvil, inflexible é inmortal mira todos los días el fin de sus adversarios; así en nada el sufrimiento y el martirio, porque sabe que su suerte ha de ser como la de su divino fundador: murió como un cordero, pero resucitó como un león; primero fué vendido, no se hizo de él más caso que de la oveja destinada al matadero; pero después venció á sus enemigos, derribó los ídolos de sus pedestales, desarmó la rabia de los tiranos y colocó su cruz en la cimera de la corona de los reyes: *vicit leo de tribu Juda.*

¿Y á quién, Señores, debemos este triunfo singularísimo? En los labios de todos está la respuesta: A María Santísima de Guadalupe, y esto no sólo porque según dice San Bernardo, todas las gracias que Dios nos concede vienen por María; sino por el especial patronato que esta Santísima Señora ejerce sobre toda la nación mexicana, desde el momento en que aparecióse en el Tepeyac quiso ser nuestro Apóstol y con particular predilección nuestra Madre y fundar en nuestra patria el reino de Jesucristo. Esto de tal manera se halla en la convicción de todos, que así como no hay tribulación ni dolor en que no pidan alivio á María de Guadalupe, así también no reciben beneficio alguno del cielo sin que se atribuya á la protección amorosa de nuestra Madre. Por eso este agosto santuario ha visto á quince generaciones venir á regar sus muros con lágrimas, sea de gratitud, sea de amargura, y por sus puertas ha visto pasar al vencedor que viene á consagrar su triunfo y al vencido que viene á consolarse de su derrota.

Si tantos bienes nos ha concedido nuestra excelsa Reina en el tiempo pasado, ¿cuántos no debemos esperar de su patrocinio en el futuro? Uno es el que debemos esperar confiadamente y pedir con solicitud: el establecimiento del reinado social de Jesucristo en nuestra patria. María introdujo á Jesús en el mundo cuando en medio de inefable gozo lo dió á luz en Belén. María lo introdujo en esta región bendita y santificada por sus virginales plantas al convertirnos á la fe, y María, así lo esperamos, hará que reine Jesús en nuestros corazones, en nuestras familias y en nuestra sociedad.

A vosotros, Señores Párrocos, compañeros en la batalla y padres de mi alma, á vosotros toca con vuestras oraciones y tareas apóstólicas impetrar y coadyuvar á este benéfico resultado. Hoy habéis venido á implorar de vuestra augusta Madre la fuerza necesaria para luchar hasta vencer; vuestras súplicas no serán desoídas. Aquí, á los pies de este altar, os vestiréis de esas armas que lo son

de nuestra milicia: la fe, la esperanza y la caridad. Aquí cobraréis la fuerza necesaria para todo triunfo cristiano: el sacrificio. Aquí en fin hallaréis el consuelo en vuestras penas y el éxito en vuestras santas empresas.

Señora y Madre nuestra: hé aquí á los párrocos de esa ciudad afortunada entre todas las de nuestra patria, agrupados en torno á su ilustre y amado Pastor y postrados á tus plantas. Venimos hoy á proclamarte de nuevo nuestra Reina y Soberana y á rendirte el pleito homenaje de nuestra sumisión y de nuestro amor. Reina, Señora, en nuestros corazones; reina en los de nuestros feligreses; que por Ti reine el Sacratísimo Corazón de Jesús en nuestra patria y así como por nuestras manos has sido coronada en la tierra, así seamos coronados por Cristo de gloria y honor en el cielo.

IX

Predicado por el Sr. Presbítero Don Jose M. Vilaseca, el día 28 de Octubre. (*)

Mostra te esse Matrem. Manifiesta que eres nuestra madre.

QUIZÁ nunca, amados hermanos míos, se volverá á ofrecer una ocasión tan oportuna para que todos nos dirijamos á la Santísima Virgen de Guadalupe, con una oración muy fervorosa, con una oración la más continua, y oración que saliendo del fondo de nuestro espíritu, le digamos que nuestro Padre. ¿Sabéis por qué? Porque las graves necesidades que tenemos son tales y tantas que sólo María de Guadalupe, que es nuestra Madre, podrá remediarlas. Estas necesidades que afligen desde el más pobre hasta el más rico, gravitan de un modo particularísimo sobre el Romano Pontífice; por esto, así como él en su celebrísima y última Enciclica sobre el Santísimo Rosario, le decía fervorosamente que mostrara que es nuestra Madre, así nosotros, viendo lo que pasa en México con relación á los indios, hemos de rogarle y suplicarle lo que os dije al principio: «Mostra que eres nuestra Madre!» Por lo demás, es una cosa utilísima y aún necesaria, que le pidamos que renueve en nuestro tiempo, lo que hizo al principio de la conquista en favor de los indios, de los pobres indios. Sí, Madre de Guadalupe, el estado tristísimo de los indios nos obliga á pedirte un nuevo milagro como lo hiciste en aquel tiempo, en que descendiendo del cielo á la tierra, le hablaste al venturoso Juan Diego, y le dijiste con todo afecto: «Hijo mío, Juan Diego, á quien amo con afecto y ternura, es mi voluntad que en este lugar se me edifique un templo.»

«Oh, amados hermanos míos! desde entonces quiso la Santísima Virgen mostrar que tenía entrañas de verdadera Madre, no sólo para todos los cristianos en general, sino que también de una manera especialísima de los pobres indios; por eso desde aquel momento, como el más eficaz efecto de su dulce maternidad, comenzó la conversión de los indios, de modo que cuando uno lee la historia de aquellos tiempos, ve el milagro, el gran milagro de la Santísima Virgen en favor de la raza indígena. Ved, pues, lo que hemos de pedir á María Santísima de Guadalupe, porque todavía tenemos indios, y los tenemos casi en todo México, y á cada paso se encuentran hombres y mujeres que no son cristianos, que viven

* Hé aquí la licencia de la autoridad eclesiástica. «El Ilmo. Sr. Arzobispo, en vista del dictamen del Censor, se ha servido acordar digno á v. d. que puede publicar el sermón del Pbro. D. José María Vilaseca que produjo el mismo en la Insigne Colegiata de Sta. María de Guadalupe. Dios guarde á v. d. muchos años, México, Noviembre 14 de 1865.—Melstio de J. Vilaseca»

como salvajes, como animales; viven entregados á la idolatría y viven no pocos con las armas en la mano defendiendo sus terrenos; y tal vez no exageraríamos, si dijéramos que ellos nos rodean como el anillo de hierro á los rayos de la rueda de un carro para que no se desgrane. Esto nos ha de obligar á que todos á una voz le pidamos á Nuestra Señora de Guadalupe, que como tierna y cariñosa Madre de los pobres indios, renueve en su favor las admirables consecuencias de aquel milagro. Para que así sea, y le pidáis con todo el afecto de vuestro corazón, el cumplimiento de tan gran maravilla, voy á manifestaros el triste estado en que viven los indios, y su posible conversión: para acertar un poco, invoquemos el auxilio de la Santísima Virgen.

«Soberana Señora y Madre nuestra, María Santísima de Guadalupe, tú que descendiste del cielo á la tierra, para la conversión de los pobres indios y que obrando con el poder de Madre de Dios, en pocos años se verificó entre ellos tan santo cambio, que México pagano quedó en muy poco tiempo. México católico, te pedimos nos ilumines para que conozcamos, como es debido, el estado actual de los indios, y en vista de la realidad de los hechos, comencemos á trabajar con todas nuestras fuerzas para su conversión! te lo pedimos saludándote con las palabras del Arcángel: AVE MARÍA.

Mostra te esse Matrem. Manifiesta que eres nuestra madre.

Desgraciadamente, amados hermanos, hay muchas personas que si se les habla de la conversión de los indios, dicen que no es necesaria; porque creen erróneamente, que estando como se dice en la conclusión del siglo de las luces, no puede haber las espesas y negrísimas tinieblas de la mayor ignorancia religiosa y aún las de la idolatría (1), ella existe, y además es una cosa tan cierta, que poco nos costará demostrarlo.

«Ah, amados hermanos míos! cuando aquellos indios llenos de furor empuñaban las armas y emprendieron la marcha para reconquistar lo que era suyo, ¡ah, hermanos míos! entónces hechos un solo cuerpo y una sola idea, se dijeron: vamos, pues, á defender nuestros terrenos que nos han arrebatado, y comenzó aquella lucha tan terrible de la que nos habla el Lic. Barreiro en su historia yucateca, y aquellos hombres enfurecidos lo quemaron todo y lo re-

1 El mismo Padre Vilaseca, en su «Pequeña Historia que para el Instituto Joséfino» envió á la Santa Sede, se lee lo siguiente: «Ocupados los primeros diez años en nuestro ministerio sacerdotal, en el ejercicio de las Santas Misiones en su mayor parte y en diversos puntos de la Iglesia Mexicana, pudimos en distintas ocasiones ver las circunstancias por las que atravesábamos, concebir los más vehementes deseos de hacer de nuestra parte cuanto pudiésemos para misionar á su tiempo á tantas tribus que, errantes aun por los bosques y lugares deshabitados, yacen todavía en las tinieblas de la idolatría, y por tanto en el mayor grado de abyección, que es propia de los infieles. «Durante los días de la dominación española en el inmenso territorio de México, ese gobierno, como protector nato de la religión católica, continuaba formando los Misioneros de propaganda fide de entre frailes dominicos, franciscanos, agustinos, mercedarios y jesuitas, y esos Misioneros que como ángeles en carne, en cuyo corazón flameaban ardientísimas llamas del amor divino, eran verdaderamente incensables para el pueblo que los veía, y los cuales quedaban después de su conversión al cuidado de los padres que los habían convertido, formando de aquel territorio un lugar católico donde era venerado nuestro buen Dios. «Desde el momento en que un conjunto de ranchos ó de pequeños pueblos, convertidos á la religión católica, eran suficientes para formar una parroquia, eran examinados si sus habitantes se hallaban satisfactoriamente instruidos; después de lo cual se procedía á erigir canónicamente el nuevo curato; y junto con el gobierno eclesiástico ó parroquial, establecíanse también en dicho punto el elemental y católico gobierno español; por medio de un presidente, es decir, de una pequeña fortaleza que, dotada de suficientes soldados y pertrechos de guerra, tenía el gran destino de proteger á los indios nuevamente convertidos, porque los indios salvajes intentaban muchas veces dar la muerte á los que habían recibido ya las aguas saludables del bautismo. Y luego que quedaba perfectamente arreglada ya la nueva parroquia, aquellos venerables Padres Misioneros, con el ermitaño pendiente de su pecho, breviarío bajo el brazo y empuñando su bordón, daban un nuevo paso hacia los bosques, hasta rodearse convenientemente de otras tribus salvajes. «Al concluirse la dominación española, debemos constar, que fueron acabando también los presidentes, y lo que fue más de sentirse, los venerables Misioneros de propaganda fide; y por consiguiente, no sólo no siguieron convirtiéndose nuevos indios, sino que muchos de los que antes se convirtieron nuevamente á la barbarie y á la idolatría, verificándose principalmente en los Estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, Chiapas, Guatemala y Yucatán, territorio de Tepic y gran parte de la Sierra Madre. Bien podríamos probar todo esto refiriéndonos los terribles estragos causados por la invasión de los indios matando á innumerables particulares, asaltando muchos ranchos, pueblos y villas; talando inmensos campos de varias haciendas, y aun destruyendo é incendiando algunas ciudades, y refiriendo algo de lo que á nosotros mismos nos fue comunicado, cuando miséramos como Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas; pero queremos prescindir de nuestras observaciones para entresacar algunos pensamientos del Lic. Barreiro, en su cuaderno histórico sobre Yucatán [1841].»

dijeron á cenizas; á nada, y esto hasta seis leguas de Mérida (2), y desde entónces, ¿qué ha sucedido con aquellos indios? así se han quedado, nadie ha podido penetrar allá, viven como ellos quieren, según nueva religión, pelean contra todos, y ellos fundaron desde entónces en Chan, Santa Cruz, sus reales y su religión. Desde entónces viven en aquellos centenares de leguas, sin religión verdadera, y viven sin oír jamás una palabra de la santa Iglesia católica que se les haya enviado por medio de sus misiones; de manera que hay miles y miles de hombres y mujeres que saben de catolicismo nada. Ved ahí, hermanos míos, la necesidad que tenemos de pedir á María Santísima de Guadalupe, que renueve por medio de un nuevo milagro, las grandes obras que estaban establecidas para la conversión de los indios, y que muestre también que es nuestra Madre, que nos llene de sus gracias y de sus bendiciones, para que trabajen ambos Institutos Josefinos en la conversión de los pobres indios. Y ¿qué diremos de Chiapas, que ni en los días del Venerable Padre Margil pudo convertir á sus indios? ¡Pobres Lacandones! éstos ni llegaron jamás á abrazar el catolicismo, y millares de millares viven en aquellos centenares de leguas que en medio de multitud de Masas orientan también las ruinas de sus admirables Palenques, que puestos en ciertos lugares, llegan hasta la Diócesis de Tabasco.

Veamos ahora algo de lo que pasa en Oaxaca: ¿qué es Oaxaca con relación á los indios? ¡Ah, hermanos míos! el día que su dignísimo Arzobispo Guillow emprendió su santa visita pastoral por aquellas montañas encontrará el buen Pastor á innumerables indios que comenzarán á ser consolados con su visita pastoral! ¡Ah, hermanos míos, qué multitud de ellos verá por aquellos lugares, que están acabando de perder su fe! Los hay de 6, de 8, de 10, de 20, de 40 años sin el bautismo todavía, que no lo han recibido por falta de misioneros, y viven como animales, ni conocen á Dios que les dio la vida. Y si vamos recorriendo el Arzobispado de Durango, ¿qué diremos de él? ¿qué diremos de Nuevo León y Coahuila, de Tamaulipas y de Veracruz? Todos tienen muchos indios sin fe, sin religión, semisalvajes unos, y del todo salvajes otros. Yo á nadie acuso, ni á nadie culpo, porque no es tiempo de acusar, ni de culpar á nadie; sólo deseo demostrar la necesidad que tenemos de trabajar por la conversión de los pobres indios, y que todos los mexicanos conozcan lo que es México, con relación á la raza indígena y se sirvan de sus recursos, de su saber y de su virtud, para convertirlos.

«Pobres Obispos los que vivían antes de la erección de los nuevos Obispos! Recibían noticia de la muerte de los misioneros y

2 En su «Cuaderno Histórico sobre Yucatán» dice el Licenciado Barreiro: «Al dirigirse desde Mérida de Yucatán la vista desde el cielo que cubre las regiones del interior, se nota un color de plomo como el paño de una tumba; porque se aspira una brisa impregnada de veneno, que aterroriza por traer sus hombres los alaridos de los indios salvajes. Los habitantes de Chan, Santa Cruz, son unos indios bárbaros que hablan su raza y no oyen el concho con que se alimentan, porque nada comprenden por la crasa ignorancia en que viven; y por ese ideosincronismo perciben que se nota en sus semblantes, el tratarlos de cosas que salvan el círculo de sus supersticiones en que están encerrados. Ellos se creen fuertes en sus bosques donde sin picada sacan, como un torrente impetuoso, sobre las poblaciones. Miralles ahí... quiebran las ramas de un impenetrable bosque, disparan sus flechas y sus flecos, tastan con el incendio las verdes hojas y llevan el exterminio por todas partes. Todo esto lo hacen porque no se les inspiró el amor, sino el temor; no se les enseñó la religión de Jesucristo, sino que abandonaron de ella. Imagínalos en Valladolid, en Tihouco, en Itamal, en Tunkas y otras poblaciones los infinitos tormentos que sentirían sus habitantes al oír el grito de guerra de muerte... Allí vieron los esposos arrojados en sus brazos á sus tiernas esposas que, aspirantes, les daban su postrer adiós. Allí innumerables ancianos con las canas teñidas de sangre, morían al golpe de los bárbaros que en todas partes tenían frente á frente el terror que con su rojiza tea iluminaban las paredes de las casas de los ricos y el gano de la chora del jornalero. «El mal subsiste; se repiten con frecuencia las escenas de horror de Tunkas, Pisté, Citas, Valladolid, y de otros muchos pueblos... A manos de vendiendo á pedruzcos... y los departamentos de Mérida y de Campeche han perdido ochenta y seis (84,386) personas. Los indios viven en la mayor abyección y abatimiento desde siglos atrás. El mal se ha tomado en las casas de los ricos y el gano de la chora en la religión y en sus deberes sociales.» Para concluir diremos que lo que dice Barreiro de Chiapas, puede decirse también algo que ha sucedido en los Estados de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, de Tepic y gran parte de la Sierra Madre; de Chiapas y gran parte de Tabasco, así como de los distritos y obispos que colindan con las fronteras de México. Pues bien, remediar tantos males por medio de los Misioneros Josefinos, fue la grande idea que á nuestro parecer nos inspiró el Señor San José, en el acto de la inauguración del Colegio Clerical, verificada en el mes de Septiembre de mil ochocientos setenta y dos (1872); idea que con justicia la podemos colocar en nuestras santas Reglas, y que aun hemos querido considerarla, formando una de las principales líneas de nuestro santo Instituto.

de los curas, y contestaban con gran pesar y casi llorando: no tengo á quien mandar; que el cura más inmediato se haga cargo de dicho curato. De ahí resultaba, que poco á poco todo se fué acabando y que una gran parte de aquellos puntos se quedaron sin ministros evangélicos, y que los indios se iban quedando sin conocer lo que es la Religión, sin conocer á Dios; así se han pasado los años resultando que dichos lugares se encuentran á corta diferencia, como la alta y baja Tarahumara. Colinda con Chihuahua, Coahuila; Coahuila con Nuevo León, y éste con Tamaulipas. Hace ya unos treinta y cuatro años, estaba yo dando misiones por aquellos rumbos, allí fué donde yo conocí por primera vez á los indios vestidos, por decirlo así, como nuestro primer padre Adán y nuestra primera madre Eva cuando estaban en el Paraíso. ¡Ah, cuántas cosas no pudiera decirles de lo que ví y oí en aquellos días sobre la indiana mexicana! ¡Ojalá, hermanos míos, que os pudiera inflamar vuestro corazón para que os animarais á trabajar cada uno como pudiera en la conversión de los indios; por esto pido hoy á la misma Virgen que bajó del cielo, que renueve el milagro en favor de ellos; por esto también os pido á vosotros que le pidáis y le digáis que muestre de nuevo que es nuestra Madre, viendo que hay entre nosotros tanta gente que vive sin religión, sin recibir los Santos Sacramentos; y que son á centenares de centenares los hombres y mujeres que viven en las tinieblas de la ignorancia, y son otros tantos miles de miles de almas que se pierden; así, hermanos míos, éste es el estado de una gran parte de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas con Veracruz. ¡Cuánta gente que no conoce al verdadero Dios! ¡Cuántos los que si así se mueren no irán al cielo! Roguemos á Dios por ellos y sigamos, sigamos adelante preguntando: ¿hay indios idolátras? ¿qué ha sucedido con ellos? Yo alabo de corazón al venerable Obispo de Puebla cuando tuvo bastante ánimo y apostólico valor para decir: en mi diócesis hay salvajes, hay indios idolátras, aquí están; y cuando hubo personas que le dijeron lo contrario (porque no quieren comprender que á pesar de estar en el siglo de las luces, todavía hay mucha ignorancia, y hay lo que llamarse puede las tinieblas del error y de la idolatría; yo á nadie culpo, contestó: sea lo que fuere de lo que antes se hizo en favor de esos pobrecitos que viven en los montes y se encierran en las cuevas como los animales; pero si repito que en mi diócesis hay idolátras.

Si nos introdujimos hacia el interior de México y penetramos en Zacatecas, ¿qué es lo que hay en esas montañas del Nayarit y esto siguiendo hasta llegar á Tepic? (3) Os diré que allí se encuentran también indios sin fe y sin religión; y se encuentran en tanto número, que hace quince años un sacerdote que yo conocí y que aún he comido con él muchas veces, se internó por aquellas montañas, con un carácter semiocioso, y encontró ciento veinticinco ranchos, haciendas y pueblos, en los que había multitud innumerable de gentiles sin religión y sin catolicismo; y lo mismo, como él me aseguró, sucede en Zacatecas.

Vamos adelante; ¿qué es lo que sucede en el Obispado de Chiapas? Afortunadamente su apostólico Obispo asegura que tiene indios salvajes é idolátras. Dichoso él, porque ha emprendido ya muchas obras para que se conviertan. ¡Ojalá lo alcance! Ved ahí, hermanos míos, el estado en que se encuentra nuestra República. Pero, Padre, y ¿Qué tanto y aun el resto de México, es lo mismo? El resto de México también se encuentra, á corta diferencia, en el mismo estado sin exceptuar el mismo Arzobispado de México; y yo mismo en las diversas misiones he visto á los indios, que tenían sus idolos; tenían ciertos lugares escogidos que eran sus adoratorios; y de hecho iban á adorarlos conforme á sus ritos. ¿Veis con cuánta razón os digo que hay necesidad de pedirle á la Santísima Virgen de Guadalupe que renueve los efectos de aquel su milagro, como lo hizo en los tiempos del venturoso Juan Diego?

«Y podrá remediarse tan triste estado que guardan los indios en toda la República Mexicana? Evidentemente que sí, porque la Potestad civil y eclesiástica, obrando de consuno, podrían obrar en la conversión de los indios como en los días del gobierno español; y

3 Como el apostólico Obispo de Tepic, Ilmo. Sr. Díaz, con motivo de las fiestas de la Coronación de Nuestra Señora, ha emprendido un interesante trabajo en favor de los indios del Nayarit, no podemos menos que bendecir al cielo y felicitar á dicho Ilmo. Sr. Obispo por la grande obra que ha acometido.